

## SOCORRO MUTUO

El suscriptor que, hallándose en las condiciones reglamentarias, fuese baja para su trabajo habitual por enfermedad ó por accidente, será socorrido por EL RADICAL con una pensión diaria de DOS PESETAS. En caso de fallecimiento, su familia recibirá CIENTO PESETAS.

Los vendedores y paqueteros disfrutarán los mismos beneficios, en igualdad de condiciones. Léase el Reglamento.

APARTADO 282

## EL RADICAL

Diario Republicano

VIERNES 10 DE ABRIL DE 1914

## SUSCRIPCION

MADRID: mes, 1,50 pesetas.  
PROVINCIA: mes, DOS pesetas; trimestre, CINCO; semestre, DIEZ; año, VEINTI.  
PORTUGAL y GIBALTAR: semestre, 6A.  
TORRE francos; año, VEINTICINCO.  
OTROS PAISES: año, CUARENTA francos.

Anuncios ordinarios, según factura.—Idem especiales, precios convencionales.—Idem telegráficos, gratis á los suscriptores, una vez al mes.  
TELEFONO 1.321

Redacción, Administración é Imprenta, O'Donnell, 6

Fundador-gerente: Alejandro Lerroux y García

VIERNES  
SANTO

Son composturas algo pueriles, se apoyan en textos que ahora se ve que admiten bien las interpretaciones airadamente desechadas en tiempo de Galileo, y á las que el cristianismo al fin se agarra como á clavo ardiente el que se derrumba en un precipicio. La Biblia tiene para todos los gustos, no dice nada y cuando los teólogos quieren lo dice todo. David (salmo XVIII), Isaías (c. XL, 22, y XLV, 12), Job (XXXVIII, 7, y XXV, 5), el Apocalipsis (XII, 4), San Pablo (Coloss. I, 10; Eph. IV, 10), San Juan, en su Evangelio, contienen esos asideros.

Son textos que hablan de «mundos», de «ejércitos», ó multitudes del cielo, de «varias mansiones», que tiene el Padre común, y valiéndose los modernos teólogos de los vocablos, hoy los mismos que ayer, les dan significación distinta de la antigua. Los mundos eran antes comarcas terrestres; las multitudes del cielo, coros angélicos; las mansiones, lugares en el Empíreo, y ahora se cae en la cuenta joh, manes de Galileo! de que bien podrían ser planetas habitados, humanidades en ellos situadas y residencias de seres inteligentes con cuerpo como el nuestro.

La Iglesia asiente muy contenta de esa puerta de escape que se le proporciona, como si su historia se hubiera olvidado ó pudiera borrarse. No incluye aún en su canon dogmático oficial tales interpretaciones, sin duda arbitrarias; pero las permite porque la dejan vivir en aparente concierto con el saber humano y pueden engañar á los sencillos ansiosos de concordancias entre la Ciencia y la cristiana religión, antitéticas esencialmente.

\*\*\*

Este nuevo estado de cosas ha traído al palenque una cuestión ineludible. El cristianismo, que no se resigna á morir y menos por obra de la Ciencia, ó no es nada ó es la redención de la humanidad realizada por un hombre-Dios, que descendió á la Tierra con ese fin. Pero desde que se admite que este planeta puede no ser el Único habitado por seres libres, capaces de la noción del bien y del mal, surge aterrador el problema, complicadísimo, planteado en estos precisos términos:

O todas las humanidades de los demás mundos, menos la del nuestro, han permanecido fieles á la ley divina, ó todas han pecado como nosotros, ó unas sí y otras no.

Si lo primero, el Hijo de Dios descendió tan sólo á la Tierra, necesitado de redención; si lo segundo, tuvo que bajar á todas y morir en ellas? Si lo tercero, recorrió sucesivamente redimiendo todos los planetas pecadores? Para el cristianismo, que es, á la postre, un prejuicio muy cerrado, esta cuestión adquiere proporciones abrumadoras. El primer extremo le conviene más que otro; pero, cómo saber su certeza? Los dos restantes implican poco menos que el absurdo.

Hay un texto de San Pablo, utilizado en esto por los teólogos por ser el menos vago (Coloss. I, 16), en el que afirma que todo fué creado y Dios quiso recibirlo en Cristo, así lo que está en el cielo como «lo que está sobre la Tierra»; y San Juan había escrito que «los Mundos» fueron creados por la palabra de Dios, y hecho decir á Jesucristo: «Tengo otras ovejas que no son de este aprisco» (X, 16)... Estas son ahora [sólo ahora] las humanidades de otros planetas.

Muy bien; mas el problema tremendo

ya obra se está haciendo una versión al castellano, la que estamos en tratos para adquirir con la exclusividad, á fin de publicarla cuanto antes en el folletín de EL RADICAL, por vía de obsequio valioso á nuestros numerosos lectores. Previamente les anunciaremos la publicación, día de su comienzo y demás detalles.

subsiste. ¿Cómo se le resuelve? De ningún modo; lo que se intenta es sortearlo cuán infantilmente! Dicen «que no parece» necesario que la encarnación y la muerte se repitieran en cada mundo; basta con las padecidas aquí, porque su valor es infinito, «pacificando», dice San Pablo, por la sangre de la cruz tanto las cosas de la Tierra como las de los cielos» (ahora esos cielos son los habitados planetas). «El altar se hallaba en Jerusalén sobre el Calvario, había escrito Orígenes (Homilía I, «in Levit.»), pero la sangre de la víctima purificó el Universo entero». Ingenio, sutileza de teólogo intérprete? Sea.

Lo que falta es una prueba de estas interpretaciones y una respuesta al reparo muy lógico de que para ser redimidos los demás mundos por la crucifixión consumada en el nuestro, debió ella ser conocida en aquéllos.

—Pues Dios se la revelaría, contestaban acorralados los modernos teólogos conciliadores por no quedar mudos; pero ¿quién no echa de ver que toda esa débil exégesis se reduce á subjuntivos? «Revelaría», podría ser, acaso fuera...; simples suposiciones y conjeturas humanas, dependientes del prejuicio cristiano.

Y había de ser cabalmente, precisamente la Tierra la destinada, á pesar de su pequeñez, para teatro del drama redentor de miles de millones de ingentes mundos, sembrados á distancia que hacen perderse á la mente? Ilusión del humano orgullo!

Hay otra objeción más escueta y temible: Todos los mundos no han sido creados á la vez, ni han seguido sus humanidades idéntico proceso. La Creación se renueva, unos globos surgen cuando otros fenecen, ó son jóvenes unos cuando otros caducos. La redención del nuestro se hizo en un instante dado, y concedamos que pudo salvar á los mundos ya adultos pecadores entonces existentes; ¿y á los no formados ó aún no habitados? ¿Y á los perecidos? Si hoy surgiera en uno, llegado á sazón su nueva humanidad y ésta pecara, ¿lo haría redimida de antemano sin existir aún, por la muerte de Jesús en Palestina? Es el absurdo que sale á cortar el paso alocado de la teología.

\*\*\*

Ilusiones de hombre! ¡Ardides teocráticos! ¡Palabras huecas! ¡Sólo palabras! ¡Pobre cristianismo! ¡Desdichada teología! ¡Gárrula y pedantesca verborrea la de sus doctores! Ocultan cuidadosamente la eterna petición de principio de su dogmática jamás demostrada.

Y cuando la Ciencia les ha probado que hay otros mundos; cuando han tenido que rendirse hasta por honor de su propio Dios al duro argumento de que si El creó planetas habitables, lo que está demostrado, no lo haría para dejarlos desiertos de habitantes, y que su omnipotencia no había de limitarse únicamente al bipedo implume terrestre sin llenar con otros seres, tanto y más elevados en intelecto, el inmenso abismo que media entre el hombre y la divinidad misma, espacio que ya los cristianos intentaron salvar con el ángel, su creación ilusoria; intentan extender á todos esos mundos su pobre, su vulgar redención por la sangre de una víctima.

Eso es lo jamás probado, el principio sin demostración: que la primera pareja humana delinquiró y que Dios no podía satisfacerse de la injuria y perdonarla, sin que se derramara la sangre de un justo, había de ser un justo precisamente, un inocente sacrificado con notoria injusticia y lesión de su inocencia; un ente digno del Dios ofendido tan vidrioso, tan implacable.

Esa misma Ciencia os ha probado que los mundos no se pueblan, que las humanidades no nacen de una sola pareja formada de barro; que la satisfacción por la sangre es una manía de hombres primitivos groseros é ignorantes; que el pretendido pecado original no es más que una miseria intentona de explicación de las deficiencias del planeta éste, que refluían sobre su humanidad; que los seres proceden en su perfeccionamiento, abajo arriba, del

pruto al ángel, del salvaje al civilizado gradualmente; que esa misma caída del primer hombre, si él hubiera sido como le pintáis en el Paraíso, omnisciente y perfecto, era un imposible, más imposible aún la de los ángeles, si existieran, y una injusticia enorme, indigna de Dios, el que sufrieran hombres inocentes sus consecuencias.

No; redimir desde la Tierra á los otros orbes, hay que llamarlo pretensión vana de hombres interesados en mantener la profesión sacerdotal que los enriquece y llena de honores y de dominio; al contrario, lo posible es que por la comunicación con otros mundos, se redima un día éste nuestro, sin duda uno de los más inferiores y desdichados. ¡Felices los hombres que esa redención conozcan!

José FERRANDIZ

Pintáis, anabales curas, á la Virgen María con un rosario pendiente del cuello: ¿es que lo rezaba? ¿A quién? ¿A ella misma?

Y si no podéis contestar á esta sencilla pregunta, probad con esta otra: ¿Cuándo, dónde y por quién fué bautizada la Virgen María?

Porque nadie ha dicho y menos probado tal bautismo. ¿No lo recibió fuese por lo que fuese, por no necesario? Bien; pero en tal caso la Virgen no fué cristiana jamás, no perteneció á la Iglesia, no era, pues, capaz de sacramentos, y no obstante, la Iglesia afirma de la Iglesia! Resolvednos esta dificultad.

## ¿EN QUÉ DÍA MURIÓ CRISTO?

(CUENTO)

Un cura que examinaba de doctrina cristiana á unos niños, para la primera comunión, preguntó á uno de ellos:

—¿Vamos á ver, Pedro, ¿qué día murió Nuestro Señor Jesucristo?

—No sé nada, responde el chico, ni siquiera sabía que estuviese enfermo.

El cura interrumpe el examen de Pedro y le declara incapaz de hacer aquel año su primera comunión.

La madre, desconsolada é irritada, ruegale encarecidamente que le permita hacerla.

—Imposible, responde el cura; vuestro hijo no sabe siquiera en qué día murió Jesús.

—Ay de mí, responde la madre; no es extraño que no lo sepa; los pobres como nosotros, no pueden comprar los periódicos para leer las noticias.

Parecerá mentira, pero si le preguntamos en serio y en seco á los curas, á toda la Iglesia en qué día precisamente, en cuál fecha murió Cristo, no sabría tampoco puntualizarlo; está eso probado y bien probado.

## Las antiguas crucifixiones

La cruz os, seguramente, el instrumento de suplicio más antiguo y más universal. Oriental en su origen, todavía se emplea en algunos pueblos del Extremo Oriente. Los antiguos egipcios, que ya crucificaban, ataban también á los crucificados, en vez de clavarlos; este fué el castigo aplicado al panadero de Faraón, cuyo profético sueño interpretara José.

Los griegos copiaron la crucifixión de los persas y la llevaron á Roma, y aquí fué donde este célebre suplicio se perfeccionó y adquirió mayor importancia, hasta tal punto que, sin temor á equivocación, puede asegurarse que la crucifixión es romana.

La primitiva cruz no era tal cruz, sino un simple mástil hincado en tierra, y al cual se sujetaba el condenado con cuerdas ó con clavos. Con frecuencia, en vez del poste, se empleaba el primer árbol que había á mano, sujetando los brazos del reo sobre las ramas, en la misma dirección de éstas. De aquí nació la idea de añadir al mástil primitivo unos brazos ó ramas en forma de T, hasta con las dos puntas dobladas hacia abajo que lleva esta letra en sus brazos. Entre los romanos se empleaba la cruz para castigar á los esclavos y á los grandes criminales; cas-

## La redención en el Cosmos

No; ya no podemos racionalmente, ni aun teológicamente las religiones hijas del judaísmo, ni nadie en la Tierra, negar, tampoco dudar de la habitabilidad de las masas planetarias, que rodean á nuestro Sol y á todos los soles. Poseemos lo que se llama certeza moral, que es casi tanto como la certeza metafísica.

El cristianismo que negó la esfericidad de nuestro planeta con la tea de la Inquisición en una mano y la Biblia en la otra, ha juzgado necesario ó prudente al fin rendirse, desprovisto ya de la hoguera y percatándose un poco tarde y por fuerza joh eterno sino el suyo! de que en la Biblia misma se encontraban indicios ó algo más de la pluralidad de mundos habitados. La ciencia humana lo ha vencido, ha deshecho la titulada divina; el infalible se ha visto obligado á reconocer su error, no, empero, sin paliarlo con logomaquias evasivas y componendas que dejan á salvo una infalibilidad en que él mismo no cree ni inteligencia superior alguna, ha quedado eso para las infantiles y las rudas, los demás seres le dicen:

—Por qué no ajustiste estas conciliaciones de la Ciencia con la fe cuando perseguías á Galileo y sembrabas de obstáculos el camino de Colón? Entonces, era tiempo, no al presente. Y, cómo salvarás la flagrante, la inculcable contradicción del ayer con el hoy? Haciéndola olvidar? No, que te sale al paso, ceñuda é implacable, la Historia. Esas mismas componendas que ahora admites, te las ofrecieron los que perseguías como herejes y se las rechazaste...

La presciencia de la pluralidad y habitabilidad de los orbes databa de los filósofos griegos y de algunos orientales, to-

dos impulsados por la ciencia más emancipadora del pensamiento, la Astronomía, aun en su infancia. Oricio, según Proclo; Anaximandro, Empédocles, Aristarco, Anaxágoras, Epicuro, Lucrecio, y de creer á Plutarco, algunos sabios de la India, las habían defendido. Los groseros judíos, ni vislumbrarla; tampoco los cristianos, ni el mismo sábelo todo que se llamó Tomás de Aquino. La Edad Media pasa entoncetada por la escolástica semi aristotélica del catolicismo deprimente, hasta que en el siglo XVII, Galileo plantea de nuevo el problema y le siguen otros muchos, no sin peligro todavía, mientras á la Iglesia no le fué arrebatada la hoguera y entonces la Ciencia pudo empezar á desenvolverse.

Al fin se cree ella libre y el torrente se desborda; los mismos teólogos, católicos y protestantes, son arrastrados; la razón los ilumina intensamente, la filosofía los alienta y, llegado el siglo XIX, hombres como el Padre Ráulica, los jesuitas Félix y Sechi, Moigno, como antes Graty y el obispo Marel, como luego nuestro Perujo, lanzanse y á la descubierta proclaman que la pluralidad de mundos habitados no se opone al dogma del cristianismo. Es que lo han visto vencido, obligado á rectificar-se lo menos vergonzosamente posible; ya no le temen, carece de espada y de tormento y ellos mismos le ofrecen composturas de la Ciencia con la dogmática que él acepta por necesidad ineludible (1).

(1) Acerca del tema de este artículo y del de él que apareció como segundo fondo del número de ayer jueves, ya advertimos bajo él en una nota, y repetimos hoy, que ha escrito un autor extranjero un sugestivo libro muy luminoso en forma de novela, que ha hecho en su país gran sensación por lo nueva, ingeniosa, trascendental en el fondo y bella en la forma. Es escritor aquí aún desconocido, de cu-



## Las caras de Dios

Este particular ya está muy discutido y discutido; los mismos teólogos, la Iglesia misma, han concluido por reconocer que no hay que prestar fe ni a la tradición de la verónica, extraña a los Evangelios, ni a la autenticidad de las llamadas *Santas Faces* o Caras de Dios que pasan de una decena en todo el mundo católico.

Pero es tema forzado en toda Semana Santa, ya que la rutina clerical sigue exhibiendo las tales Caras de Jesús y llamando que no son lo que se dice. Así, pues, allá va lo dicho por un crítico moderno respecto de las tradicionales Caras, ninguna auténtica, ni aun la que se venera en Roma.

La Cara de Dios, dice, está en Jaén según la frase popular. Pero lo oyen los de Alicante y exclaman: «También está en Alicante». Es cierto, añade un devoto más ilustrado; mas no se olvide que el Papa tiene otra en Roma, que no puede menos de ser auténtica. «En la ciudad», exclama uno que sabe las historias eclesiásticas. De esas tres caras de Dios (mejor fuera llamarlas caras de Jesús) una al menos puede ser auténtica, puesto que el lienzo de la mujer llamada Berenice (sin duda no era judía) y hoy conocida por la Verónica, estaba plegado en tres dobles, que igualmente recibieron las impresiones del Santo rostro. Pero uno de ellos se perdió en el mar. Luego, dos solamente son los que pueden merecer el título y la fe de auténticos.

Según eso—objeta un madrileño—, la cara de Dios de Madrid...

—Esa, dicen que es sólo una copia que el príncipe Pío hizo sacar a un pintor, de la cara de Dios de Roma.

—Sí, pero el pintor fue listo, porque el príncipe le pagó muy bien, y en un descuido hizo el cambio. ¿Estamos? Se dejó la copia en el relicario que ocupaba el original auténtico romano y se trajo este como copia a Madrid. Tales ardidios piosos estaban admitidos y eran corrientes entonces.

—Bueno, siempre resultará que alguna cara de esas no es verdadera, pues ya tenemos cuatro en campaña y las auténticas sólo son dos.

—¿Cuatro ha dicho usted?—Pregunta al escuchar esto uno que ha viajado mucho—¿cuatro? Yo digo que son bastantes más. Ustedes hablan de las tres de España, por cierto que omiten la de Sacedón (Cuenca), y la de Roma, pero olvidan o ignoran que en el extranjero existen otras varias.

—Serán copias.

—En cada localidad donde hay una, dicen que la suya es auténtica y en todas enseñan documentos pontificios con sus sellos y rubricas correspondientes.

—Y ¿cuáles son esas caras de Dios?

—Voy a enumerarlas. Y el viajero hace la relación siguiente:

Hay caras de Dios que se dice estampadas sobre dobles del paño de la Verónica, en Turín, en Milán (ambas no lejos de Roma, ¡es singular!), Cadouin, Besançon, Compiègne, Aix-la-Chapelle (estas cuatro en Francia), en Luques y en Colonia (Alemania). Son, pues, ocho caras de Dios las del extranjero. Añadamos las de Roma y las cuatro de España, incluida la de Sacedón, y tendremos trece caras de Dios en el mundo católico.

Y cuenta que la de Turín está garantizada por cuatro bulas pontificias y la de Cadouin por la friolera de catorce: tal vez, no puede exhibir tantas la de Roma ni cualquiera de las de España.

¿Qué pensar de esto? Oigamos a los teólogos autorizados con la aprobación de la Iglesia.

El *Diccionario de Ciencias eclesiásticas* del canónico español D. Niceto Ferrer, formado sobre el de franceses, abate Bergier, y publicado en Madrid con aprobación de la censura eclesiástica, dice en la página 310 de su tomo I: «que no hay prueba alguna de tal lienzo de la verónica ni de tales dobles: que sólo es una opinión popular, esa pretendida historia, puesta que la cara de Dios de Roma es verdadera imagen del rostro de Jesucristo, pero no obtenida por la Verónica, por mas que en Roma así lo hacen creer». Es cierto, añade, que se ha hecho mención de la cara de Dios en bulas de algunos papas, pero no se sabe cuándo empezó a venerarse esa efígie, y si consta que la Iglesia nunca reconoció eso de los dobles del lienzo de la Verónica.

Estamos, pues, ante una simple leyenda piadosa. Según afirman historiadores eclesiásticos de nota, lo que hay es que se veneró principalmente la cara de Dios que hay en Roma, sobre la cual en el siglo XIX emitió un razonado juicio crítico el abate Montauli, negando que fuese un trozo del lienzo de Berenice, y según la costumbre en la Edad Media, otras caras de Dios, hechas por piadosos pintores, fueron tomadas a la romana y los papas les concedieron indulgencias. Eso es lo que contienen las citadas bulas que nadie ha copiado, publicado, ni leído, y no probablemente un testimonio de autenticidad que ya es cosa muy distinta.

Hay un argumento de gran valor y es el siguiente. Si en los tres dobles del paño de la Verónica se hubiera estampado la huella (no el retrato, que no es lo mismo) del rostro de Jesús, los tres lienzos auténticos serían exactamente iguales. Pues bien, las trece caras de Dios mencionadas en nada absolutamente se parecen unas a otras. Luego no podría ser de la Verónica más que una, y falsas las restantes. La prueba es decisiva.

¿Cuál de las trece podría ser la auténtica? ¿Cuáles las apócrifas? No hay manera de saberlo. Ha sido, pues, muy sabia la Iglesia al no responder de la autenticidad de ninguna, ni aun de la tradición o leyenda misma. Y esto es lo que debe creer todo católico sumiso y buen creyente.

V. MENENDEZ CONDE

Reparos a la reparación

La crítica es implacable; lo decíamos ayer al exponer brevemente sus reparos a la Eucaristía. No son menos contundentes los que opone a la reparación o redención del hombre pecador por la sangre de Cristo; son éstos:

Sostienen todas las sectas cristianas (católicos, cismáticos, coptos, masones, armenios, sirios, protestantes, jansenistas y católicos emancipados, ¡una friolera de sectas!) que Dios murió para redimir a la humanidad.

Imposible; lo evidencia el mismo dogma de todas esas sectas. Según él, hay en Cristo tres elementos componentes: un cuerpo y un alma de hombre, y la divinidad unida al alma indisolublemente.

Sea; mas por rutina é indolentemente que dos cosas, dos esencias individuales se unan, jamás pueden confundirse y ser una sola; se

rán siempre dos. Dios está unido a todas sus obras y ellas a El, según ese dogma; sin embargo, ellas son ellas, y El es El.

En Cristo, el alma de hombre no puede llegar a Dios ni confundirse con la divinidad; ésta no puede ser alma de hombre ni nada más que lo que es: divinidad, Dios.

Esa divinidad, siempre, a tenor del dogma atológico y de las otras sectas, no puede padecer, dejaría de ser divinidad, uno de cuyos atributos esenciales es la impassibilidad. Las sensaciones de dolor ó placer que por el cuerpo ó por lo que sea experimente un alma, no se contagian, no afectan a la divinidad. Y si el alma de Cristo se hubiera divinizado, lo que es imposible, habría adquirido la impassibilidad; esto es de clavo pasado.

¿Qué fué lo que padeció en la Pasión y muerte de Cristo? El dogma católico lo enseña: fué el cuerpo y el alma humana del compuesto Cristo, no la divinidad, que ni podía padecer, ni morir.

No hay modo más claro, pues, de afirmar y así lo hace la teología el dogma del catolicismo, que no murió un Dios en la cruz, fue solo un hombre. La divinidad quedó impassible é inmortal.

Luego si hacía falta que todo un Dios reparase la ofensa de Adán y Eva a Dios, porque no había otra entidad capaz de tal reparación, ésta no se realizó; la humanidad está sin redimir, un hombre, aun divinizado no bastaba, porque siempre sería no más que su naturaleza de hombre la que padeciere, no la de un Dios; ¿lo oyen también los protestantes?

Otra consecuencia irrefutable del dogma católico: Dios existía desde la eternidad; es El la existencia, no ha nacido como no ha muerto; quien nació y murió fué Cristo, Jesús, hijo de María, tanto da que según la naturaleza ó milagrosamente, María no fué madre de la divinidad que hay en el compuesto llamado Cristo, sino de su alma humana y de su cuerpo humano; luego no madre de un Dios, sino de un hombre. Dios existía antes que ella, el Hijo antes que la Madre, imposible.

Y no es el Hijo, según el credo oficial cristiano, de la misma sustancia que el Padre. No puede serlo más que la divinidad; la humanidad, nunca, en manera alguna; son sustancias distintas.

En suma, que el arrianismo que sostenía esta doctrina respecto de Jesús, y el nestorianismo, la antedicha sobre la maternidad de María, son mil veces menos absurdas que el catolicismo, el protestantismo y demás sectas cristianas hoy existentes. No porque aquellas dos no existan ya organizadas, dejaron de tener razón en sus teorías; no murió un Dios por el hombre, no fué María madre propiamente dicha de un Dios.

La crítica es terrible; encastillado en las afirmaciones que van apuntadas, no hay teólogo ni neo que la refute, es ella la que los confunde y por eso no discuten ya y suspiran por la perdición. El que no tiene razón y en la sinrazón se obstina, recurre al palo, a la espada, a la fuerza bruta.

Pero la crítica es terrible y también sabe romper palos y espadas.

JAVIER VALLES Y FALLIDO

(Aspirante fracasado a la mitra.)

¿Teocracia cristiana, quieres que en ti creamos? Deja de ser una carrera burocrática, una profesión: da y no tomes. Que cada sacerdote viva de sus propios recursos exclusivamente y no toques una moneda, no administres ni la caridad ni el culto y haga de éste algo tan poético y sencillo que no exija ni un adarme de plata ó de oro, y queden para enajenados en favor del pobre los actuales tesoros del templo.

Después de todo no son necesarios aun en la misma ritualidad de hoy; ¡es!, haced la prueba.

Traslado del Santo Sepulcro

El ensueño de Pío

Su santidad Pío X acaricia la idea muy católica de trasladar al Santo Sepulcro de Jerusalén a la capital del orbe cristiano. Sus primeras gestiones con el sultán de Turquía, señor de aquellos lugares, fueron un fracaso, y ahora se dice que el segundo, Guillermo de Alemania, interpondrá sus buenos oficios para conseguir el ensueño católico del papa. Ya Sixto V. intentó hacer esta traslación, predicando una especie de cruzada que, si por el momento entusiasmo a los cristianos, hizo después irrealizable, por la decidida oposición de los griegos, armenios y coptos, que tienen sobre el Santo Sepulcro derechos concedidos por «firmans» (disposiciones) del sultán de Turquía.

Graves y bien estudiadas razones deben haber inspirado a Pío X tal proyecto, que es irrealizable para quien conozca siquiera un poco, lo que es el Santo Sepulcro y la trama de ambiciones que se disputan su propiedad y explotación.

Mucho papel, mucha tinta, tiempo y materia gris se han gastado discutiendo cuál es el verdadero lugar en que estuvo el cuerpo del Salvador desde el descendimiento hasta la resurrección, y aun hay serias opiniones que niegan lo que el catolicismo sostiene: que ocupe el centro de Jerusalén.

En este lugar construyó el emperador Constantino la primera capilla, en el año 336, la que fué destruida por Cosroes y reconstruida por Modesto, tres siglos más tarde. En 670 ya eran cuatro las capillas, y después de algunos incendios y destrucciones de los musulmanes se añadió una quinta iglesia a las ya existentes, en 1035.

Paralelamente a los Cruzados que no eran dignos aquellos templos de la grandeza divina, elevaron una iglesia romana junto a ellos. Tres capillas más se añadieron después, y el todo fué casi destruido en 1893 por un formidable incendio.

La Iglesia ortodoxa griega se había adueñado por aquel entonces de la explotación del santo lugar. Los armenios llegaron a obtener parte en la reconstrucción, y ésta se llevó a cabo por arquitectos de varias naciones cristianas, quedando poseedora de un fragmento cada rama del cristianismo.

La competencia

En la actualidad, los católicos, los protestantes, los coptos (egipcios), los armenios, los basistas, los sionistas se dividen las partes del lugar santo, disputándose hasta una pulgada de terreno, colgando sus lámparas y poniendo sus flores cada uno y vengando muchas veces la menor invasión de sus propiedades con riñas y combates, en las que suele correr la sangre ante la tumba del que murió por redimir del mal a la Tierra.

Citanse muchos casos que tienen su parte cómica, en los que una nimiedad ha provocado conflictos de carácter internacional muchas veces.

El lugar en que nació Jesús—que, según todos sabemos, fué un portal en que había un pesebre para bestias—es una cueva labrada en plena roca. En el sitio exacto en el cual Jesús-Cristo vivió la luz hay un agujero que bordea una estrella de plata sostenida por clavos.

Dimes y dretes

Una vez se cayó uno de los clavos, y era indispensable un trozo de madera para fijarlo con más firmeza. Griegos y católicos reivindicaban el derecho de proporcionar aquel pedazo de madera. Acaloróse tanto la discusión, que el caso fué sometido al prefecto de Jerusalén. Uno y otro bando tenían su carpintero que hiciera la operación. La sentencia del prefecto no fué aceptada: que un griego compusiera el desperfecto. Ya las amenazas y los insultos se cruzaban entre los que discutían, y entonces el magistrado turco concibió esta luminosa idea: enviar por el pedazo de madera al primer hombre que frente a la gruta pasara y hacer la compostura él mismo en nombre de Turquía. Y aunque sus manos eran profanas, cien soldados turcos le dieron la razón, y el clavo quedó otra vez en su sitio. Mas para llegar a esta solución se discutía ante el Gobierno turco durante setenta y cinco años!

Esta misma estrella determinó la guerra de Crimea. Católicos y griegos se disputaban la propiedad y como ninguno cedía, Rusia apoyó a los segundos, pertenecientes a su Iglesia. Francia, aliada con Inglaterra, invadió Crimea en nombre de los católicos.

Para evitar en lo posible estas reversiones, el sultán ha puesto una guardia constante, que es como la policía del Santo Sepulcro. Y estos soldados, con fusil al hombro y sable al cinto, son... musulmanes.

Muslimana es la reglamentación indispensable de las religiones que allí imperan; musulmana la justicia que sentencia, y musulmán el castigo que se aplica.

Cada cual se alumbra con las suyas

De las cuarenta y tres lámparas que iluminan el Santo Sepulcro, corresponden trece a cada grupo: griegos, católicos y armenios, y cuatro a los coptos. Basta que un individuo toque una de las lámparas a que no tiene derecho, para que se produzca un serio conflicto.

Una pintura griega representando a la Virgen tenía la protección de un cristal. Uno de los soldados guardianes rompió ese cristal, por descuido. Tras del consiguiente escándalo de los sacerdotes, procedieron éstos a poner un cristal nuevo; pero los coptos y los católicos tenían también algunos cuadros con cristales rotos, y no permitían el que un rival les indignara la humillación de componer su desperfecto antes que ellos. Fué en vano decirles que todos podrían hacer sus composuras; el asunto pasó hasta el sultán, y fué necesario tratarlo en Consejo, con asistencia del ministro de Rusia, del de Grecia y del de un enviado del papa.

Los cónsules

Los representantes de cada religión reciben las peregrinaciones que de todas partes les llegan y atesoran las limosnas que cada uno cuantanes, oro, perlas y otras joyas que guardan; y en su orgullo, enseñan el tesoro de dan para las grandes ceremonias.

Todos se burlan de la mala cantidad de otros tesoros y viven en continua guerra; estos representantes de las religiones más morales en su origen, disputando hasta una pulgada de terreno, llegando a las manos por quien debe lavar este escalón o encender aquella lámpara y derramando sangre, por orgullo ante la tumba de Aquel que renunció honores y que predicó humildad, amor y perdón.

Imagínese ahora, en vez de las antiguas peregrinaciones tan lentas y penosas, el ferrocarril que llega hasta Jerusalén, hoy iluminado por lámparas eléctricas. El camino, que antes se hacía en cuatro jornadas, de sol a sol, se hace hoy en cuatro horas, cómodamente sentado el viajero en los muelles cojines de un «pullman».

Con lo dicho, basta para que se comprenda lo irrealizable del proyecto de Pío X. Ni Turquía, ni la gran cantidad de cristianos no católicos que hay en Jerusalén, en mayor número cien veces todos juntos que los romanos, consentirían que el Sepulcro en cuestión pasara a Europa y a poder de una sola secta, la católica, ¡con qué derecho! ¡Es ella sola el cristianismo! ¡Los demás no son nada!

Bien está San Pedro en Roma y el llamado Santo Sepulcro en Jerusalén. Cada uno en su casa y Dios... riéndose de todos en el cielo.

No se olvide una cosa: los curas han procurado siempre mani obr oculta: que el mahometismo el cisma cristiano griego (ortodoxo) con todas sus ramificaciones, el catolicismo, la religión protestante y la de los mormones, son hermanos é hijos de un mismo padre: del judaísmo que tanto detestan y tan cruelmente combaten.

¡Vaya unos hijos que viven odiando y persiguiendo a su padre! ¡Vaya un padre que tales hijos dió al mundo!

figúbase con ella el asesinato y el robo, y antes de ser crucificado el reo era azotado con correas de cuero y arrastrado por la calle, atado el cuello a una horquilla.

A veces, para que el suplicio fuese más doloroso, el travesaño que formaba los brazos de la cruz no estaba clavado al árbol de la misma, sino encajado en una muesca de su extremo superior, de modo que oscilaba al menor soplo del aire ó al menor movimiento del crucificado, aumentando los dolores de éste.

Después de la cruz en T, ó en «tau», como entonces se decía, vino la «cruz decussata», ó aspa de San Andrés, según más comúnmente se la llama por haber sido empleada en el martirio de este santo. La primera forma, sin embargo, siguió siendo la más empleada; los primitivos cristianos, en recuerdo de ella, escribían á veces una T muy grande en medio del nombre de sus mártires.

Más adelante se introdujo la cruz en forma de Y, que obligaba al condenado á tener los brazos en alto y la cabeza colgando entre ellos; pero la introducción de la costumbre de poner sobre la cabeza del reo una inscripción dando á conocer su delito, hizo que todas estas formas de cruces fuesen sustituidas por la que se llamó «cruz capitata» ó «cruz inmisas», que es la que suele verse representada en la escena de la crucifixión de Cristo.

Tanta variedad como en la forma de la cruz había en los detalles que acompañaban á su empleo. En la antigua Roma era costumbre azotar al condenado y obligarle á llevar la cruz áuestas hasta el lugar del suplicio. Una vez clavado en ella, se le dejaba días y días para que fuese pasto de las aves rapaces. Entre los romanos, para hablar en sentido figurado de la gente maleante y de los esclavos de peor calaña, se decía «carne de cruz y pasto de cuervos».

Los judíos, por el contrario, descolgaban á sus reos de la cruz para enterrarlos, después de romperles las articulaciones. Si al ir á descolgar á la víctima observaban que todavía daba señales de vida, para prolongar sus sufrimientos le daban algún líquido fortificante.

Al clavar en la cruz al condenado le hacían beber vino mezclado con mirra y otros afrodisíacos, lo cual, dándole fuerzas, impedía que se desmayase y hacía más vivos sus dolores.

El suplicio de la cruz fué abolido por el emperador Constantino, aunque después de él se le vió reaparecer en ciertos casos excepcionales.

Para castigar á los herejes, por ejemplo, se empleaban cruces invertidas, á las cuales eran clavados ó atados cabeza abajo.

En Francia, en 1127, Luis el Gordo hizo crucificar al asesino de Carlos el Bueno, llevando la crueldad hasta hacer poner junto á la cruz un perro de presa que, azuzado por el verdugo, mordía los pies del criminal.

El arte eclesiástico y la heráldica han designado la cruz, añadiéndole brazos ó dando á éstos diferentes formas y longitudes.

La religión cristiana ha hecho que casi todo lo entendamos al revés.

El clero ha propagado que el gran crimen de los judíos fué asesinar á un Dios: la realidad es otra: que los judíos nos hicieron ese Dios de un mortal hombre, acaso de una personalidad ilustre.

He ahí el inmenso delito de ese pueblo, y lo que la humanidad le debo. Los sacerdotes ¡ingratos! tienen que estarle agradecidos, les dió la base de su bienestar: la humanidad nunca se lo reprochará bastante.



# LOS SERMONES DE AYER

## DE MANDATO



### En San Pascual

UN PADRE FRANCISCANO

El cronista preparado a oír a un enérgico predicador de la clase de mamarrachos que vociferan el integrista inquisitorial maltrato a la gramática y el sentido común: esto es corriente en la Orden del fundador más culto y sentimental que conocieron los siglos cristianos.

Me equivoqué: no hay regla sin excepción. El anónimo predicador de San Pascual era franciscano, pero no enérgico. Si, sí. Un fraile de mediana estatura, gordo, gruesito, atocinado, con cara de perito, como la del Borbón francés, y una papada que dejaba tamañitas las de los más hercúleos cerdos. ¡Oh, glorias del sacro-cerdo-cio! La reverencia y anónima paternidad no es de los que se anonadan por nada ni se afectan en el todo aparece brando, tanto que parece lavar cuantos pares de pies apostólicos por dinero, o que se hunda el universo. Refiere estas cosas en tono familiar y un tanto alegre. Es claro, ¡sucedió en tanto tanto! ¡Por qué alterarse! No, no; su reverencia, para no molestarle ni aun con la postura, se apoya sobre el barandal, deja quieto una mano, como si la tuviera malita; con la otra acciona lenta y débilmente; mas mueve la cabeza de modo que la papada se luce, avanza y retrocede; estará muy satisfecho de ella.

¡Y qué dice así invariablemente colocado! Pues nada de particular, absolutamente nada: no es hombre de pretensiones. Voz, no se la concedió Natura, ó se la oscureció la referida papada; ciencia, no se conoce entre franciscanos: ¡oh, no!; que ensoberbecer, y ellos son humildísimos gándules; orador, no es; su castellano sabe a charla de porteras y de gañanes. Con esas dotes, iba un franciscano puro y neto a meterse en honduras propias de un Bossuet, un fray Diego de Cádiz, un Balmes ó un Calpena?

Traten otros del gobierno del mundo y sus monarquías, mientras gobiernan sus días mantequillas, pan tierno, bollos y chochitos de monja; y cuanto a ideas, las vulgares, que no fatigan a nadie.

Imaginen ustedes que, según fray Antonio, lo más notable que hizo Cristo en el Cénit fué lavar los pies de su traidor, cuya traición conocía; los de los otros... ¡vaya!; pero ¡los de Judas! Sobre este particular endilgó cuatro hermosas y seraficas sandeces que se le hubieran ocurrido al mismo Antón del Olmet; y se quedó, es decir, continuó tan tranquilo el hombre.

¡Ah! le dejó: ya estaba visto lo que podía dar de sí aquella cabezota con la faz de perla, la papada, la mano muerta y la otra medio viva, el hábito sucio y el castellano de cuarta seráfica. La Orden franciscana cristológica, no varía: «semper et eadem».



### En San Luis

D. JOSE MOLERO  
(capellán castrense)

En illo tempore los capellanes de regimiento eran como la plebe ó bajo fondo del clero; eran asagarrados y muchos de ellos calaverones, casi todos ignorantes, que despachaban la misa en diez minutos, aunque no se puede celebrar bien en menos de veinte; y más se los veía, siempre de paisano, en los casinos mundanos, que en los del Señor. Se entraba en esa carrera de cualquier modo, y a ella acudían los mal avenidos con la disciplina.

Todo ello ha cambiado. Hoy se entra por una especie de oposición y serios ejercicios literarios; se exige buena conducta; acabaron las misas llamadas de munición, en diez minutos; visten los capellanes el traje talar cuando no les impone el reglamento el uniforme, y abundan en ese Cuerpo los licenciados y doctores, los regulares teólogos y los sacerdotes observantes.

El Sr. Molero ya es conocido en el púlpito, que frecuenta bastante: la Prensa, que en estos días se ocupa de sermones, siempre lo ha tratado con respetuosa consideración. Por algo será, me dije yo, que nunca le había oído; ahora voy a verlo, por supuesto, escalpo en mano; aquí no conocemos a nadie ni admitimos recomendaciones. ¡Bonito es el encargado de esta sección!

Desde el principio del sermón se pudo notar en el predicador que el púlpito no le intimidaba, que la inmensa multitud del audito-

rio más le crece que le arredra, y que él, por su parte, se propone salirse cuanto es posible de la rutina en el asunto y tender el vuelo por regiones que otros ni vislumbran ó con ellas no se atreven.

Dio, pues, a su discurso carácter social muy pronunciado; social, digo, no socialista, con perdón del apóstol D. Pablo.

Puedo sintetizar este sermón así: una demostración de que el mundo es suma de víctimas y de verdugos. «Bienaventurados los que sufren», rezaba el texto expresivo de la tesis. Cuando para realizar los fines pasionales el prójimo estorba, se le socava el terreno, sin reparar en medios, por infames que sean, y si no basta, el odio, excitado por la maldicia insidiosa y egoísta, llega hasta el sacrificio de la pobre víctima estimada como obstáculo.

Jesucristo estorbaba a la teocracia, al fariseísmo judaico, bien convencido de su inocencia, y por eso lo sacrificaron. Víctima expiatoria del mal, quedó en la cumbre de los dolores como ejemplo vivo, como consuelo, como esperanza suprema y canonización de los que padecen.

Como se ve, el tema no carece de originalidad ni de trascendencia. Dentro estrictamente del terreno religioso, muy social, muy ético, nada político ni sectario sin embargo, y expuesto con fácil y sobria palabra, sin latiguillos ni relumbrones. La voz y las maneras del orador, tan agradables como adecuadas.

No será el Sr. Molero un Fenelón; sus defectillos encontré en el discurso; a veces muy recalcada la frase con que desaba impresionar; pero de aquí al adocenamiento, a la rutina ó a la cursilería pretenciosa, mediana un abismo; y fuerza es confesar que el predicador, como tal, se condujo atendido al género y a la índole del sermón. En realidad, aunque más se puede hacer, más no hay derecho a pedir.

Si todos se mantuvieran en ese nivel, por lo menos...

C. de la C.



### En San Plácido

EL PADRE QUIRANTES

Predicar en desierto, sermón perdido.

Concurrentes al acto: veinticinco mujeres, siete hombres, un guardia, y dos curas. Este fraile benedictino no es de los que inventaron la pólvora ni de los que tienen originalidad en la exposición de hechos; muy disculpable esto de la originalidad, porque después de diez y nueve siglos que se viene hablando de lo mismo, no hay derecho a exigir novedad alguna.

«Antes del cristianismo—dice—, el mundo se regía por la ley del egoísmo, y Cristo impuso la ley del amor y de la humildad, por lo que le crucificaron. ¡Que todos los cristianos seáis otros Cristos!»—recomendó a los oyentes.

Ponderó la sublimidad del acto de Jesús lavando los pies a sus discípulos, y explicó la clase de amor que el Maestro sentía hacia sus semejantes, calificándolo de amor fino.

La comparación podemos nosotros calificarla de cosa así como de zarzuela de autor novel.

El predicador de San Plácido afirma que la revelación y la fe conducirán a la humanidad a estrechar los lazos de unión y de fraternidad; condoliéndose de que haya hombres que, fiados en su orgullo científico y en la razón, pretendan hacer una sociedad más buena; ¡qué candidez! P. Quirantes! Mas de diez y nueve siglos lleva de existencia el cristianismo; ¡ha conquistado el mundo! A pesar de la espada y de la hoguera, encendida durante varias centurias, ¡se ha impuesto a las conciencias!

Primus in orbe Deus fecit timor, y el temor sólo produce esclavos; y los esclavos son siempre crueles y malvados, y creen que todo les es lícito.

Así es la religión católica apostólica romana: religión del miedo, de la tristeza, del odio, del dolor.

Substituámosla por otra más dulce, más afectuosa, más alegre, más eficaz.

UN EX SEMINARISTA



### Iglesia de San Luis Gonzaga

Muy cerca de las cuatro comienza en esta iglesia el sermón de mandato anunciado para las tres y media.

En la iglesia de los jesuitas hay un lleno completo.

Abundan las mujeres guapas, que con el clásico atavío de la mantilla blanca y los claveles roventones, están aún más hermosas.



EL SANTO CRISTO  
(Catedral de Pamplona).—Escultura de Miguel Anchéta

El monumento es de lo más vulgarcito que han visto mis ojos. Mucha luz, eso sí, pero nada más.

En las mesas de petitorio hay cada rostro de mujer que maree. En cambio, en las bandejas que hay en las mesas respectivas reina la más completa inopia. No hay quien se sacuda, y sobre el metal de las bandejas descansan unas cuantas monedas de cobre y al algún duro que yo pienso han puesto allí las propias interesadas en calidad de cebo.

Por fin, el padre Angel se persona en el púlpito, y comienza su perorata.

El páter, fúco, desgarrado y con un perfil de «aguija» que mete miedo, se trae embottellado un sermóncito que ¡viva la virgen!

Tiene el hombre poca voz; pero, eso sí, degradable. Su sermón es de una vulgaridad y una pesadez abracadabrantes.

No se entiende una sola palabra de lo que dice el padre Angel, a quien el Altísimo no ha llamado por estos caminos de la elocuencia y la oratoria.

El respetable se aburre de un modo definitivo. Un señor gordo, que pudo poseer un banco, ronca que es una bendición.

Una rubita joven, espiritual y lánguida, mira con sus ojos verdes y melancólicos a un cadete y le sonríe apasionada y prometedora.

A un descuido de su madre, la jovenita alarga una de sus manos pálidas y deposita en las del cadete una epístola, sin duda, amorosa.

Cerca de mí hay una buena moza, algo jomona ella, pero juncal y deseable, con unos ojos negros que dicen de ardorosos deseos y unos labios rojos que riman con sus risas el enloquecedor poema de la lujuria.

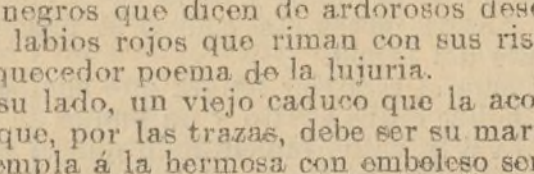
A su lado, un viejo caduco que la acompaña—que, por las trazas, debe ser su marido—contempla a la hermosa con embeleso senil.

Un joven apuesto y gallardo, con una altiva arrogancia de conquistador, contempla un momento, en éxtasis, las moribundas de la jamona juncal, la mira retador y dice muy bajo:

—¡Guapísima! Con la tarde que hace y una mujer tan hermosa como usted, en una «manuela» camino de la Bombilla, el despampanen.

Los ojos negros de la bella le miran cariciosos, y los labios de grana le sonríen con ocelito.

El cronista, como continúa sin oír una palabra—puede que sea una suerte—de lo que dice el padre Angel, y como este régimen de las espinacas no es como para estar mucho tiempo de pie, decide marcharse a la calle a zozorar de la tarde primaveral y espléndida y a contemplar las guapísimas mujeres que pululan por ellas.



### En Santa Cruz

A las tres y media de la tarde entra el reportero en la parroquia de Santa Cruz dispuesto a oír un sermón.

Al entrar, ve con cierto favor a un lado de la puerta una mesa, unas bandejas y algunos cuartos.

Poco han «sudado» los fieles hoy—dice el reportero para sus adentros, mientras cruza, raudito, junto al sitio peligroso, agobiado por la mirada de una beata más fea que un tiro.

La iglesia está que arde.

El plumerío no exagera al hacer esta afirmación. Sobre los altares chisporrotean unos cientos de velas. En un altar pequeño da la agonía un tremendo velón, como diciendo: no hay más cera que la que alumbra. Junto a un retablo, dos ó tres bultos negros se mueven y cuchichean. Deben ser tres beatas que han ido allí a hablar mal de sus parientes ó de sus vecinas.

Una nube de incienso hace estremecer a un

viejo que está de rodillas. Este viejo tiene una banda azul al cuello y ora moviendo lentamente los labios. Debe ser un prestamista.

En el fondo, junto al púlpito, se ven brillar unos ojos. El cronista, que tiene un claro sentido de la realidad, nota que lo mismo pueden estar aquellos ojos en la cara de una muchacha que en la cabeza de un gato. La gente sigue haciendo irrupción en el templo, y poco a poco la atmósfera se hace espesa y caliginosa.

—¿Cuándo empieza el sermón?—pregunto, impaciente, a una vieja beata.

La vieja me mira con ira y sigue su tarea de pasar las cuentas de su rosario.

Una familia compuesta de un matrimonio y dos niñas, se posan a mi lado. El papá llama a las muchachas a su lado y les dice:

—Colocas aquí, que se ve mejor. Debe referirse al púlpito. Yo avanzo con cautela y tomo posición junto a las muchachas. Desde mi nueva atalaya presumo que he de ver perfectamente los gestos del orador. ¿Quién será el orador? Para salir de dudas, pregunto al papá de los retoños que tengo a mi lado.

—¿El orador dice usted?

—Sí, señor.

—Es D. Javier Correa, un «primer espada»—me dice lleno de satisfacción en el «cargito» taurómico.

Aun no había acabado de hablar mi buen vecino, cuando surge como del fondo de un vaso la figura «apocalíptica» del fraile Correa. El padre Correa llena el púlpito con su humanidad. Es rechoncho y gordo como una vaca gorda. Al tomar posesión de la tribuna se persigna lentamente, cierra los ojos y lanza en tono pausado y lento la primera palabra:

—Hermanos.

Este debe ser socialista—dije yo.

—Hermanos—repite—, Cristo ha muerto.

Francamente, el padre Correa no ha descubierto ningún continente con sus palabras.

Poco a poco, la fisonomía del padre se va poniendo roja. El nos quiere pintar en tonos macabros los tormentos de Jesús. Al llegar al huerto de los Olivos, el fraile se hace un lío. Para justificar su aturdimiento, él da un fuerte golpe sobre la baranda del púlpito.

—Por nosotros—¡ruja!

Las dos jovencitas que están junto a mí tienen los ojos llenos de lágrimas. ¡Pobrecillas! Indudablemente el padre Correa es un hombre cruel al hacer sufrir tanto a aquellas dos niñas. ¡Por qué echar sobre aquellas dos jovencitas inocentes el peso de una muerte cruenta!

El padre sigue. Sus manos, en el calor de la exaltación, cortan rápidas al aire. A veces se queda extasiado mirando el artesanato del templo. Se revuelve, convulso, en su agujero y lanza un quejido. Ciénle de la frente, gruesas gotas de sudor, y con los ojos casi fuera de las órbitas, dice:

—No somos dignos... no somos dignos...

El padre Correa debe estar molido—pienso yo. Mientras tanto, él, a grandes saltos, ha llegado a la cumbre del Gólgota. Con razón, esta es la época del automóvil y del aeroplano. Al llegar con Cristo a estas alturas, el padre se sumerge en el éxtasis y lanza desde su tribuna una porción de piropos profanos al Redentor.

Descansa un momento apretando sus manos sobre su abdomen hídrico, y después, instantáneamente, levanta sus manos por cima de su cabeza, ó calabaza, y exclama lleno de ira:

—¡Sal y vinagre!

—¡Cielos!—dijo—. El padre Correa, ó ha perdido el juicio ó quiere hacer un gazpacho.

—¡Sal y vinagre!—repite.

Cuando aún sonaba en el ámbito de la iglesia el eco de estas palabras, yo pisaba las losas de la calle.

No había duda: aquel pobre hombre se había vuelto loco.

arla donde se encuentre, y en estos días los templos del Señor son ramilletes de mujeres hermosas, reunión de formas armónicas y perfectas adorables, exposición de bellezas que infunde en nosotros sensaciones deliciosas, no exentas de espiritualidad.

Ya sabe el reportero que puede salirse al encuentro un grave y sesudo teólogo y decirle:—¡Alto allá, que la belleza que no radica en Dios es relativa, la belleza absoluta sólo reside en Dios. A Dios hay que adorar para adorar la belleza.

Pero este modesto cronista no entiende de filosofías, cuando de mujeres bellas se trata, y, además, tiene la comodidad de no creer en lo absoluto.

Este impulso que sentimos de dedicar nuestras cuartillas a cantar la belleza de las mujeres con preferencia a relatar los disparates ó aciertos de un orador sagrado, nos ha salido un soberano rapapolvo del padre Ferrándiz, que nos puso a los chicos de la Prensa que nos ocupamos de estos menesteres—cual digan duñas.

Hay que leer el artículo del notabilísimo escritor y querido compañero nuestro de redacción y admirado nuestro, en que se encarraba con nosotros y nos vapuleaba sin compasión, como el «sabe hacer», cuando se pone a ello. No nos dejó hueso sano.

Nos sacó a relucir lo de la rubia y la morena, los chistes plúmbeos, sin pizca de gracia, y todo el armazón estereotipado de los cronistas de sermones de Semana Santa. Nos demostró también D. José, lo que ya sabíamos, que es un lío lo que a nadie se le da y que al leer las cuartillas sabía si el reportero había checho el sermón en un «stupio» ó había estado en la iglesia.

Lo que más a mal nos lleva nuestro sabio y simpático «pater» es que echemos estas cosas a chufia, que no las tratemos con seriedad, que no hagamos una verdadera crítica de los sermones de Semana Santa.

—Lleva razón Ferrándiz para tratarnos así a los reporteros?

Yo, francamente, creo que no. En Madrid, estos días que la Iglesia dedica a conmemorar las terribles escenas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, invitando a los fieles al recogimiento y a la meditación sobre el martirio y sacrificio del Nazareno por redimirnos a los humanos, son más bien días de fiesta, de exhibiciones, de ostentación, de lujo y de bellezas. En los templos se entra y sale apretándose la gente; los hombres, ¡piropando, a las hermosas; las hermosas, agradeciendo a los hombres sus piropos.

Nadie escucha al cura.

Estamos en el comienzo de la primavera, en que la Naturaleza se nos presenta más lozana, en su mayor vigor y hermosura. Las mujeres arrinconan los amplios abrigos y dejan admirar sus cuerpos gentiles, sus rostros enarbolados por los flecos de la mantilla de blondas; sus bustos adornados de claveles rojos como la sangre ardiente y bulliciosa.

El tiempo de pensar más en la vida que en la muerte, en placeres que en sufrimientos, en amores que en martirios.

Pero el deber manda. Hay que oír sermones y meterse con los curas que se lo merecen en justicia.

Yo, este año no he de hablar de rubias, morenas ni castañas. He de escuchar a los predicadores desde la primera a la última palabra de sus sermones, y he de escribir lo que en conciencia opino sobre sus méritos oratorios.

Me importa mucho no dar lugar a los palmetazos del padre Ferrándiz, que no se muere de la lengua para cantarle las claras al lucero del alba. Yo temo más a un arañazo literario de D. José, que a una bronca con mi suegra ó a una entrevista con mi casero, cuando hay retrasos.

El señor... Ferrándiz nos tome en cuenta nuestro sacrificio.

\*\*\*

A las tres en punto de la tarde estaba el reportero en la iglesia parroquial de la Concepción, situada en el barrio de Salamanca, alla en una bocacalle que parte de la calle de Serrano. Total, quince de tranvía.

No se desdudó el Sr. D. Francisco Garrido, a cuyos talentos está encomendado en esta iglesia el sermón del mandato, en encaramarse en el púlpito y empezar su obra como aquel que en terminarla sintiese grandes prisas.

En el templo no hay grandes apreturas.

El Sr. Garrido es un orador sagrado de lo más bono, vulgar y adocenado que puede oírse. Su sermón, que duró una media hora, se redujo a relatar la cena de Jesús con sus apóstoles, como quien relata un cuento.

¿Qué crítica cabe ante una oración tan simple y ramplona como la del Sr. Garrido?

—Esta es mi mandato: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado.

—Esto es mi mandato: que os améis los unos a los otros.

¿Qué asunto más bonito para hacer un buen sermón! La fraternidad universal! La condenación de las guerras! ¡Impedir que los hombres se traten unos a otros como lobos! ¡Proscribir toda clase de odios y rencores! ¡Imponer en el mundo la paz y la justicia!

—De cierto, de cierto es digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el apóstol es mayor que el que le envió.

No es extraño que los sacerdotes de la Iglesia católica prediquen estos sermones como de mala gana, por pura fórmula. La Iglesia ha derramado más sangre, ha sembrado más odios, ha practicado más crueldades que la más terrible de las tiranías.

Con qué derecho un sacerdote católico puede cantar a la humildad, al perdón de las ofensas, a la paz, a la equidad, a la justicia?

Aconsejar a los fieles asistan a los cultos de los templos—para dejarse esquilmar—no lean la mala Prensa y amenazar con las terribles penas del infierno si mueren en pecado mortal, son las únicas deducciones, la única filosofía que al Sr. Garrido se le ocurre sacar del Mandato de Cristo a sus discípulos.

Siempre con la gancha dispuesta!

Ni poesía, ni elocuencia, ni arte, se aprecian en el ramplon discurso del Sr. Garrido, cuya ciencia, sin duda, la deja guardada para mejor ocasión.

Lo que dirá el buen padre de almas: ¡Para quien me escucha! Unas veinte personas, entre las que desollaban, como un manojito de amapolas en un erial, media docena de tobiillerías encantadoras, que entre sí cuchicheaban y se rían, sin hacer gran aprecio ni prestar atención a los gritos de Garrido, fuimos los que tuvimos la paciencia de aguantar la oratoria de este señor, al que le prometo que no me pescará en otra.

Es más entretenido escuchar un discurso del tartamudo García Prieto.

PEDROTORRES



### En la Concepción

DON FRANCISCO GARRIDO

Hay diversas maneras de salir del paso en esto de la crítica, ó lo que sea, de los sermones de Semana Santa, sin grandes molestias ni quebraderos de cabeza para el periodista.

Enterándose del nombre del orador y quedándose en casa ó dedicando el tiempo a lo que mejor cuadre al crítico (¡), sobre todo si lo emplea en admirar caras bonitas por esas calles de Madrid, que en estos días santos se ven atormentados, y en meterse en aperturas, dejándose llevar por la «ola humana», se puede hacer la crítica correspondiente y hasta quedarse bien. Esto es lo que hacemos, ó hacíamos, los reporteros casi siempre.

También es muy corriente el llegar a la iglesia que le han repartido a uno, cuando es predicador ha terminado su sermón. A esto contribuye casi siempre el orador sagrado de tanta, que teme como a una plaga de langosta a la de periodistas que están estos días por los templos.

Cuando el reportero llega a tiempo de escuchar al cura, con la santa intención de cumplir honrada y escrupulosamente su deber, viene el diablo a echar por tierra estos buenos propósitos, colocándolo a la vera del cronista a la morena de amplias caderas, alzado busto, ojos refulgentes, negros como el misterio y profundos como el abismo, ó a la rubia angelical, de ojos azules, acariciados, dulces, enigmáticos, que suspira desmayos de primavera. ¡Cualquiera escucha ante un enemigo de esta clase las tonterías que acostumbra a decir los señores del púlpito!

Y si la rubia ó la morena se timan ó se dejan querer, «sermón perdido».

Llega el reportero a la Redacción, se coloca ante las cuartillas, y no hay más remedio que escribir de la rubia, de la morena ó de la castaña.

La belleza hay que contemplarla y admi-





En San José

EL PADRE REDONDO

Afortunadamente para el repórter, la hora escogida por el indicado pater para su santa peroración fué la de las ocho de la noche, viéndose con tal motivo el templo escaso de público, pues una cosa es predicar y otra es alimentarse, y de antiguo es sabido que por muy fiel que se sea, ante una mesa bien provista, en estos días suelen estarlo bastante, el ser humano, pequeño y miserable de suyo, olvida todas las pláticas religiosas por el sustancioso vantar.

Por la causa indicada, en el templo no habría sus cincuenta personas, y me dispuse a escuchar cómodamente y bien de cerca el sermón anunciado.

Mi suerte loca me deparó á escasa distancia una gentil burguesita, toada con clásica mantilla de blondia que realzaba el encanto de unos bucles de oro y formaba primoroso marco á su rostro, de una belleza intensa, un tanto pálido y en el que brillaban unos ojos grandes, rasgados, de un azul purísimo.

Con tan linda vecina criticar un sermón, y más de pasión, es tarea ardua y difícil, por lo que anticipadamente os pido mil perdones por las numerosas faltas que aquí encontraréis.

Y empezemos. En primer lugar, el padre Redondo no hace honor á su apellido. Yo figuraba encontrarme al saber su nombre, con uno de esos curas que tanto abundan en las filas eclesiásticas, de exagerada gordura, amplio cuello y sanguineo rostro, en el que brillaban unas gafas de oro.

Con esta personalidad y el apellido que usa, yo hubiera podido hacer algún chiste ó alguna ingeniosa frase; pero mis esperanzas véis frustradas ante la figura del pater que sermoneó anoche.

Es un tipo vulgar, más bien delgado que grueso, y de semblante fuerte y osco. «Todos los que tienen cara de bruto, lo son», dicen que dijo Quevedo. «Y la mitad de los que no la tienen—cuentan que le contestó otro».

Con estas dos sentencias ó como las queráis denominar, podéis de una manera diáfana y sencilla señalar al padre Redondo.

Una vez observado personalmente, se limitó mi estancia en el sagrado recinto á observar sus dotes de orador.

Aquello fué catastrófico.

El padre Redondo no es un hombre hablando: es una, dos... tres mantas de Palencia puestas sobre uno en una tarde de verano. La pasión y muerte de Cristo, puesta en sus labios, es la pasión y muerte de todos los que la escuchan.

Cuarenta veces nos llevó á casa de Pilatos, y otras tantas al huerto de las Olivas, sin dejar por esto de dar un largo paseo por el monte de Sinaí y descansar más de media hora en el domicilio de Caifás.

Terminamos, como era muy natural, en la calle de la Amargura, pues al llegar á dicha vía el padre tuvo un fuerte golpe de tos que nos permitió por unos instantes adosir otra postura y tomar un poco de aliento.

Repuesta la garganta del orador, éste siguió sermoneando.

«Queridos hermanos!... ¡No dormiros!—dijo Jesús á los apóstoles.

Y el padre Redondo pasea su vista por los rostros de todos los fieles, que bostezan aburridos.

A continuación ensarta una serie de sentencias, aforismos, pensamientos y máximas, que lee de un libro, todo muy pausadamente, muy monótonamente, que aburre, cansa y molesta.

La burguesita me mira, yo miro á la burguesita, y si como ambos nos hubiéramos penetrado, una leve sonrisa aparece en nuestros labios.

Por fin, el padre Redondo, seguramente acordándose de que lleva hora y media de charla instantánea y monótona, termina aconsejando la destrucción de la mala prensa. ¡Ya salió!... ¡Gracias, amigo!...

El público desfiló pausadamente del templo. En todos los rostros se adivina un sello de tedio y cansancio horrible. La hora de la cena se acerca por momentos, y son pocos los que ayunan.

Mi burguesita, más pálida, pero tan encantadora como siempre, me sonríe de nuevo, un clavel rojo de los que adornan su pecho llega á mis manos, y entonces... bueno, eso no os interesa, y aquí termino el sermón, perdónad sus muchas faltas.

SOLIS



En la iglesia de Jesús

El encargado de repartir los sermones en la Redacción me largó uno cuyo volante informativo dice: «Iglesia de Jesús, sermón de Pasión. Orador: Un padre capuchino que no quiero dar su nombre».

Á la iglesia, pues, me encamino, á cumplir con la misión «sagrada» de hacer la crítica del sermón de este capuchino que no quiere dar su nombre, y, de paso, puede que aproveche á mi alma algo de su «excelso» palabra, que buena falta me hace.

Pero... ¡qué bien hizo este padre capuchino al no querer dar su nombre! ¡Tenía conciencia de lo malo que era! ¡Cree ese señor capuchino que con palabra tan tosca, con pronunciación tan enrevesada, que se come palabras, que dice camaleos, que le da una paliza á la prosodia despiadadamente, que su discurso es vulgar y deshilvanado, se puede llevar al redil católico, no ya á un incrédulo irreductible, sino ni siquiera al más sensible cordeño del rebaño católico! No es posible.

Nos dijo este orador que Cristo sufrió con calma las humillaciones, los insultos, las crueldades que cometieron con él los judíos al clavarle en la cruz. Creo honradamente que esa calma le hubiera faltado al haber oído la sarta de disparates que se le han ocurrido á su paternidad, dicho sea con todos los respetos.

Tenía el propósito de hacer una crítica seria, sincera y verídica; pero me ha indignado el capuchino que no quiere decir su nombre. No sé qué es lo que ha dicho desde el púlpito: Palabras y palabras que no encerraban ideas, y ni siquiera compenian frases retóricas. Un desastre, palabra de honor. Por decir burla y mofa, dijo mofa; no dijo que los hombres se «coagulan» para ciertos fines; quiso decir se coaligaban; se perdía en las ideas que trataba de exponer, y acababa con un latiguillo camelo, de esos que no se dan ni á Dios, á pesar de su infinita bondad.

Pero cuando nos echó de la iglesia el fraile, fué al decir que no se debía perdonar á los perversos, á los renatamente malos... Eso es contrario á la doctrina de Cristo, señor mío; quede enhoramala.

C. M.



Santos Manuel y Benito

EL PADRE COLON

En broma y en serio.

Para predicar la Pasión, la primera de las condiciones es sentir toda su grandeza; y la Historia está tan repleta de hechos grandiosos, sublimes; y han desfilado tantos y tan humildes héroes y mártires de todas las ideas, que aquello que sucedió hace próximamente dos mil años, no conmueve efectivamente á nadie.

Los lugares comunes de siempre; lo que se aprende, cuando niño, en la escuela; que el huerto de Getsemani; que los domicilios de Caifás y Anás; que la calle de la Amargura; que si Herodes, que si Pilatos; que el Calvario; que si la esponja, la hiel, la caña, etc., etc., para sacar la consecuencia que el redentor de la humanidad fué crucificado por sus doctrinas sanas y puras. ¡De qué nos redimió, P. Colón?

¿Cómo es posible, sigue diciendo, que un hombre bueno que hizo tantos milagros; que devolvió la vista al ciego; que resucitó los muertos; que hizo el célebre milagro de los panes y de los peces, fuese sentenciado á una muerte tan afrentosa y vil por el pueblo deicida de Jerusalén?

Con tantos milagros como nos contó, recuerdo un dicho por Miguel de Escalada, en uno de sus «Ripios», que ocurrió en un pueblo de la montaña de la provincia de León.

Se celebraba una fiesta religiosa en que es obligado hablar del milagro de los panes y de los peces. El cura, muy ufano, dijo: Con seis mil panes y seis mil peces dió de comer á seis personas.

Eso también lo hacía yo, señor cura—le interrumpió un montañés, el tío Chafandín. El cura, comprendiendo su lamentable equivocación, no chistó ni palabra. Pero se dijo para su sotana: «Ya me vengará el año que vienes».

En efecto: se repite dicha fiesta y el pater, dispuesto á apabullar al tío Chafandín, con voz fuerte y estentórea repite el milagro y dice: Con seis panes y seis peces dió de comer á seis mil personas. «¡Lo harías tú!»—dijo el predicador dirigiéndose á Chafandín. «¡Sí, señor!»—contestó éste. «¿Cómo es posible? Eso es una herejía, una blasfemia. ¡Cómo lo harías, di!» «Con lo que sobró el año pasado», le interrumpió el tío Chafandín.

Recordó cómo vendió á Jesús el maldito Judas, y dirigió unas cuantas censuras contra los padres consentidores de que sus hijos no estén conformes con lo que manda la Iglesia romana, diciendo que esos padres eran otros Judas.

El P. Colón hizo hincapié en lo de la redención de la humanidad, sin duda porque hablaba á un auditorio que pertenece á la aristocracia, y ésta, en efecto, está redimida.

Pero entienda usted bien, Sr. Colón. Las aristocracias se dividen en dos: la del dinero y la del saber. Aquella, unida íntimamente á la Iglesia romana y al trono, conserva sus reminiscencias inquisitoriales y siente la nostalgia del feudalismo, creyéndose casta superior y queriendo restablecer todos los absurdos privilegios que recibía: unas veces del clero, mediante el dinero que le entregaba para tapar las puertas del supuesto infierno, y otras, del trono, á cambio de las legiones de hombres que ponía á su disposición. Esta, la aristocracia del saber, trabajando constantemente por conocer los secretos de la Naturaleza y divulgando sus descubrimientos á toda la humanidad, ha dado un solemne mentís á la Iglesia, que se consideraba la depositaria y árbitra de toda ciencia, y ha roto las cadenas de la fe, que aprisionaban la razón y la libre emisión de pensar; y cómo la aristocracia del dinero es la fiel continuadora de aquellos procedimientos medievales, y la aristocracia del saber lucha denodadamente por destruirlos, para sobre sus escombros construir el universal edificio que irradie luz, verdad, justicia, progreso y libertad, de ahí que las dos aristocracias sean antagonistas, llegando, no lo dude usted, P. Colón, á triunfar la del saber, porque con ella están todos los elementos intelectuales y progresivos del mundo, y porque, como dijo Pelletán: La verdad está en marcha.

José MURIZ



En las Escuelas Pías

Aun cuando los periódicos de ayer señalaban la hora de las cinco y media para el sermón de Pasión en esta iglesia, lo cierto es que éste no comenzó hasta las siete y media; y como á la hora primeramente indicada se hallaba el que suscribe en el templo, con el buen deseo de no perder un ápice de la sagrada oración, para «hacer tiempo», interin llegaba el momento que motivaba su visita, se dedicó á tomar algunas notas que pudiera ofrecer á los lectores de EL RADICAL.

Nada de particular ofrecía lo que, no sé por qué, se ha dado en llamar «monumental». Una especie de vestíbulo con dos escaleras, á derecha é izquierda, muy recargadas de velas; dos angelotes rematando las columnas y uno de ellos en actitud, más que de adoración, de un nadador que va á tirarse al agua desde una altura para sufrir el gran scale.

Poco dinero en las mesas petitorias, y ninguno en la bandeja que corresponde á la adoración de la Cruz. Cuida ésta un chico, que bosteza de vez en cuando, y que, para matar su aburrimiento, hace á veces flexiones de brazos.

Dan comienzo los maitines, y mientras duran éstos, salgo varias veces á la calle; lo que me vale que los agentes de Policía se fijen en mí y no me pierdan de vista. Sobre ello me llama la atención un redactor de «El Globo», que se encuentra como yo en «entredichos».

El sermón está á cargo del padre Severiano Labairu, y procuro tomar antecedentes respecto al cargo que ejerce dentro de la comunidad. Interrogo al portero, y cuando me va á contestar, se presenta en la puerta un hombre cargado con un ataúd, cuya tapa es excesivamente panzuda. Por la conversación sostenida por varios individuos que se hallaban en el portal, me entero de que ha fallecido el hermano Isidoro, «aquel gordo que andaba por la cocina».

Pasado un instante vuelve el portero, y me dice que el padre Severiano Labairu es profesor de Historia y de Psicología, Lógica y Ética, lo que aumenta mi impaciencia por oír el sermón, que juzgo será una filigrana.

Llega el momento deseado, y sube al púlpito el padre Severiano. En el proemio del sermón nos dice que la divina Providencia ha enviado siempre como «legados» suyos á hombres que avanzaran en el progreso y la civilización, citando á Adán, Noé, Isaías, Jeremías y Gutenberg.

Entra de lleno en el desarrollo del tema, y nos habla de Inglaterra, de su hegemonía «mondial» por el desarrollo de su escuadra y de su flota mercante, que llega á «cinco mil toneladas»; de su presupuesto, de la pérdida del «Titanic», de la huelga de medio millón de trabajadores, de un economista que «desde el siglo diez y ocho» viene trabajando por conjurar los conflictos entre el capital y el trabajo, etc., etc.

La emprende después con Nabucodonosor, y á todo esto sin que nos diga otra cosa de Cristo más que debemos rechazar al que nos diga que era sabio y despreciar al que diga que era hombre.

Después, hecho una fiera y saltando por encima de la lógica y de la ética y del sentido común, arremete contra la marina mercante del apón.

Como el repórter ignora qué analogía puede haber entre Cristo y un buque de guerra, se va á la calle, lamentando que el pater se haya vuelto loco.

X.



La Hora Santa

EN LA IGLESIA DE LOS JESUITAS DE LA CALLE DE LA FLOE BAJA

Cuando entro en el templo, después de dar y recibir una docena de pisotones y de meter la mano en una pila de agua de la fuente del Berro que hay á la entrada de la iglesia, oigo una voz fina y atiplada que adquiere diferentes tonalidades, según el grado de excitación del que la lanza.

«¿Quién habla?»—pregunta á un señor que está con la boca abierta.

—El jesuita P. José María Rubio.

—¡Ah!

Después de lanzar esta exclamación me dispongo á escuchar al jesuita.

El padre Rubio es largo y fino como un macarrón. Tiene tipo de mozo de estochos. La nariz parece un garfio de esos que se emplean para sacar objetos del fondo de los pozos; su cabeza está monda y, al reflejo de la luz, brilla como un reflector. Sus dedos son largos y denotan un espíritu rapaz. Sus ojos son chicos y brillantes. Cuando va á hablar abre la boca como si fuera á lanzar un bostezo. Habla á gritos, y su voz, que es sibilante y antipática, recuerda el roce de un cristal por el hierro.

Habla de todo, de Cristo, de la madre de Cristo, de San José y del niño, del apóstol San Pablo y del apóstol San Pedro. Habla de pan y de peces, del mar Rojo y de Sodoma y Gomorra. También nos dice cosas respecto á la construcción de la torre de Babel, y en el transcurso de su perorata nos pone de relieve sus grandes conocimientos de albañilería. Insulta á los judíos, á los hebreos, á los corintios, al mono y á Darwin, sin decirnos nada de Bergamini.

Rompe en denuestos contra todo lo existente. Después nos habla de la sumisión de la mujer al hombre y lanza miradas incendiarias sobre un grupo de mujeres que hay bajo el púlpito y que lo miran con arrobamiento.

En medio de su oración se para, coge un libro, lo abre, busca un capítulo y lee: «Porque el varón es imagen y gloria de Dios; mas la mujer es gloria del varón. Porque el varón no es de la mujer, sino la mujer del varón. Porque tampoco el varón fué criado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón.

«Mas ni el varón sin la mujer, ni la mujer sin el varón, en el Señor.

«Porque como la mujer es del varón, así también el varón es por la mujer.»

Al llegar aquí el padre Rubio, cierra el libro, y como quien ha dicho algo, exclama: «Ya lo sabéis.

«Estamos enterados—me dice un señor que está junto á mí.

«¿Qué es lo que ha dicho?»—pregunta un jamona apreciable, oronda y llena de vida.

«Ha dicho que la mujer es para el hombre y el hombre para la mujer.

«¿Vaya una cosa!»—dijo llena de decepción. Ya iba á lanzarme en busca de la puerta creyendo que el jesuita había concluido. Per el fideio teológico dijo:

«Y ahora vamos á hablar de la muerte y pasión de Cristo.

«Hablaré solo—dijo. Y pasando como un exhalación junto á las mesas de petitorio me vi en plena vía pública sano y salvo. Depués de escuchar al padre Rubio no estaba yo loco. Indudablemente, soy un hombre por derado, aunque esté mal el decirlo.

«Porque la mujer es para el varón, etc.»

rias sobre un grupo de mujeres que hay bajo el púlpito y que lo miran con arrobamiento.

En medio de su oración se para, coge un libro, lo abre, busca un capítulo y lee:

«Porque el varón es imagen y gloria de Dios; mas la mujer es gloria del varón.

«Porque el varón no es de la mujer, sino la mujer del varón.

«Porque tampoco el varón fué criado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón.

«Mas ni el varón sin la mujer, ni la mujer sin el varón, en el Señor.

«Porque como la mujer es del varón, así también el varón es por la mujer.»

Al llegar aquí el padre Rubio, cierra el libro, y como quien ha dicho algo, exclama:

«Ya lo sabéis.

«Estamos enterados—me dice un señor que está junto á mí.

«¿Qué es lo que ha dicho?»—pregunta un jamona apreciable, oronda y llena de vida.

«Ha dicho que la mujer es para el hombre y el hombre para la mujer.

«¿Vaya una cosa!»—dijo llena de decepción. Ya iba á lanzarme en busca de la puerta creyendo que el jesuita había concluido. Per el fideio teológico dijo:

«Y ahora vamos á hablar de la muerte y pasión de Cristo.

«Hablaré solo—dijo. Y pasando como un exhalación junto á las mesas de petitorio me vi en plena vía pública sano y salvo. Depués de escuchar al padre Rubio no estaba yo loco. Indudablemente, soy un hombre por derado, aunque esté mal el decirlo.

«Porque la mujer es para el varón, etc.»

R.

No se podía dejar abierta la iglesia de Santo Sepulcro porque el candidato hubiera sido encontrado en el momento de la prueba.

Los guardianes musulmanes de la puerta protestaron altamente, alegando que el candidato su preciso privilegio se consiguiera por el pago de un soborno.

Todos se preguntaban en qué momento iba á ocurrir el alto honor de lazar el candidato.

Latinos, ortodoxos, armenios, maronitas y abisinios comenzaron á alegar y á rebatir argumentos contrarios.

Las autoridades, temiendo una lucha, intervinieron prontamente.

El custodio de Tierra Santa, los representantes de las potencias, el papa y el presidente de la Municipalidad, se unieron en junta magna y deliberaron acorrdaron la sustitución del candidato por un cordón de la policía que rodease el Santo Sepulcro.

Además á todo el mundo penetrar á la proximidad á cierta distancia. Desgraciadamente la Municipalidad encargó un cerrajer que confeccionara un candado y lo colocara solemnemente en la puerta.

Y así fué hecho. Por último, fué dada una información para averiguar qué candidato culpable de la rotura. Pero no se pudo averiguar, por lo que se declaró que ésta no se debía á ninguna anación, sino á la extraordinaria del candidato famoso.

Así lo han declarado, después de un solemne examen, los peritos cerrajeros de alén.

No sé cuándo se decidirá Turquía á darle una vez los escándalos que están todos los días en la iglesia del Santo Sepulcro las diversas confesiones cristianas, anglicanas. Por la causa más fútil, el adrido despreciable, por unas gotas de tinta, se arma cada escándalo que el pelo, llegando á veces á correr la sangre entre griegos y latinos, que es más fanáticos y que se pasan los días altándose mutuamente, eso allí, del mismo sepulcro del Salvador, si es que el sepulcro «auténtico», que bien podría ser el que intentara probarlo. Como los escándalos, que continuamente se repiten en retón de guardia turca para divertir las contiendas entre frailes y sacerdotes, á lo limpio, siendo la mofa de los musulmanes, que contemplan recogidos aquellos otros diarios de verduleras de planchado «soo», verdad? Pues con tanto ruido tanto dinero como allí entra, el Sepulcro se está cayendo á pedrazos, y los obispos millonarios sin enterarse.

Y á propósito de templos que se hundean, «La Cruz» es un periódico parisienecatólico, que, se queja de cuando en cuando los mismos motivos que los periódicos álicos españoles. Los discípulos de Cristo, que en todas las latitudes, y sobre todo en las que ejercen influencia la acción del medio que están inmunizados contra sus efectos, una concha especial.

Estas gentes sólo hablan para pedir el cielo. Santa y noble ocupación que no se ve cuando se ejerce vistiendo un alar á hablando en nombre de un Dios, nombre de los templos que se hundean, la nueva ganaría que le ha salido á la Cruz.

Afortunadamente, los tontos son cada vez más raros, y por muy católicos que sean, cuando su bolsa cada día más. Es seguro que las excitaciones del clero francés reventarán el pueblo diciendo que si Dios permite, las iglesias se convertirán en ruinas, los fieles deben dejar que su voluntad sea la.

Una cosa es la religión y la plata, otra es también en esto son iguales los de todas las latitudes. ¿Quién puede decir que España es un país eminentemente álico?

EL CURA DE LOS DOLORES de muelas

No se explica uno cómo puede haber seres adictos á una religión que tanto prima el sexo femenino como la cristianidad en la que el prototipo mujeril no ama hombre alguno; prescindiendo de la naturaleza, fué madre sin dolor, y esposa tan en apariencia.

Por lo demás, el cristianismo hace de la mujer la causa del mal en este mundo, y mal que, aun después de la redención, el hijo extranatural de otra mujer, sube to lo mismo que antes.

EL CRISTO (SONETO)

Si otra vez á este mundo descendieras, después de veinte siglos de cristianidad, en vez de hallar los hombres como hombres, los verías aún como unas fieras.

En tu nombre encendimos mil hogueras, donde abrasas á miseros hermanos, en tu nombre los bárbaros tiranos romueven con furor luchas guerreras.

¡Ay! tu Pasión fué inútil sacrificio; á apostolado, de virtudes lleno, lleva siglos de ser un vil oficio.

Tu sacrosanta sangre es hoy veneno del sacerdocio, adador del vicio, sacario de Jesús el Nazareno.

Luis MARI

Cosas de Sevilla

El paso de «El Ocho»

—Joven, ¿pasará por aquí «El Ocho»?

—No sé; preguntéle á un guardia.

—Muchas gracias; créale, como la vi, me figuré que era usted de Sevilla.

—Está usted equivocado; soy de mi pueblo.

—De Mansanilla?

—En qué lo ha conocido usted?

—Así se pronuncia, al verla tan chic...

—Bueno, se acabó; ¿á usted quién le ha confiado?

—A mí, nadie. Pero yo soy un hombre franco, que abro mi corazón á todo el mundo.

—Por mí qué usted echarle la llave.

—Usted la tiene ahora.

—Se quiere usted ir? ¡Sí! ¿no?

—Eso tengo que pensarlo.

—¿Qué cataplasma?

—Mucha gracia. Ya sabía yo que me iba a ser.

—Los hay permaes, pero usted...

—No siga usted... Su insulto son flores.

—Mí. Yo he venido aquí á lo mío. Y lo mío es, desearle á usted cuatro cosas, y si no la quiere, tómame una de estas cayas y me voy riendo al campo.



—Ahora, en la primavera, da gusto; hay mucha yerba.  
—Pero ante de irme le contaré a usted toos mis fatigas.  
—No, por Dios!  
—Y le diré a usted toos mis sufrimientos, que son muchos.  
—Se le a olvidado a usted desí que no le caben en el pecho.  
—Pues ya lo ha dicho usted. Yo soy un pobre hombre que no ha tenido nunca una afección.  
—De eso murió mi abuelo.  
—¿Hase mucho tiempo?  
—Sei mese; por eso e venio aquí a ve a la proesión; tengo hecho un voto...  
—¿Es usted sufragista?  
—Soy chalequero.  
—Pue yo también he hecho una promesa.  
—No la cumplirá usted. Palabra y promesa de hombre.  
—Sí, nena, la cumpliré. ¿Quiere usted verme mañana descargo?  
—¿Uh, qué asco!  
—Yo paso toos los día por la casa de Murga, y entro en la sección de Hidroterapia.  
—¿Qué raro es eso!  
—¿Qué eso es agua... Mañana ire detrás de la Virgen de la Esperanza pisando toó lo chino que aya en la caye; ¿y usted?  
—Yo me voy a sortá er pelo.  
—Se va usted a hasé la loca.  
—Bueno; pero yo, ¿por qué lo escucho a usted?  
—Porque sí, niña, porque sí; porque me va usted a tené que escuchá hoy, mañana y el otro; porque usted es la mujé que yo ando buscando hase treinta y cuatro años.  
—Esté usted constante.  
—Soy José, pa lo que usted guste mandá.  
—Carpintero, ¿verdá?  
—Ayudante de arquitecto... albañil fino... escudador y revocado de fachá...  
—¿Tota, arbañil... ¿no es eso?  
—Niña, es que hay arbañile de arbañile.  
—¿No es me tiene sin cuidado.  
—Le desía eso, porque yo estoy enamorado de la proesión.  
—¿También? Es usted muy impresionable.  
—¿Ay, no le sabe usted muy bien. Apenas la vi en esta esquina y la mire, dije: «Te has caído, José».  
—Se tropecó.  
—¿Y me he agarrao a la felicidad.  
—La manita quietá, ¿eh!  
—Bueno, ya acabé de una ve; usted y yo...  
—Somo do.  
—Yo quiero que seamo uno solo.  
—Pos váyase usted; yo aguardo aquí a la proesión.  
—Pos yo aguardo aquí a que usted me diga si nos podíamos entendé.  
—Si no habla usted el «franchute» va a sé difisi.  
—Yo hablo con el corazón.  
—E usted un fenómeno.  
—Fenómeno, no; soy un desgrasiao.  
—¿Pobre hombre! Con la farta que hará usted en su casa.  
—¿Me voy?  
—Nunca es tarde...  
—Serio, serio, muy serio, le voy a decí a usted toos mis idea.  
—¿Ideas?  
—Sí, una tontería que se me ha ocurrido.  
—Es lo mismo.  
—Pues verá usted. Yo tengo nesecidá de haser un hogá...  
—¿Pa eso es usted arbañil.  
—Yo nesecito en ese hogá una mujé como usted: chiquitita, limpia, graciosa, bonita...  
—¿Le doy cuerda?  
—Una mujé como usted, que me haga feli pa que de ese modo la vida no sea pa mí un fardo pesado.  
—¿Le está novela?  
—Cuando chico leí «Las mil y una noches» y «Oliveros de Castilla».  
—¿Así sabe usted cosa.  
—Pue sí, nena; una mujé como usted, que me alegre con su grito y con su locura de pájaro...  
—¿Está está peor.  
—Yo ganaré pa usted er dinero a montone; yo la yevaré a toó lo; yo la vestiré de reina, y será muy feli cuando toó er mundo, al verme junto a usted, me mire con envidia y diga: «¿Qué tío con una suerte!»  
—¿Cáyes usted ahora, que ahí viene er Señor.  
—¿Quiere usted que le cante una saeta?  
—¿Canta ahora.  
—(Canta ella una saeta.)  
—«Míralo, por allí viene er mejó de lo nasío».  
—Me ha hecho usted yorá. Mire usted cómo tengo los ojo.  
—La habrá caído tierra.  
—No, hija; es que ca palabra suya es un lamento. Cuando usted acabó, me encor «Chorro» la cabeza, como disiendo: Grasia, gitana.  
—Sin exagerá.  
—Bueno, niña; usted se va a i con la proesión.  
—Yo me voy a mi casa.  
—Pero es que yo quisiera...  
—¿Qué?  
—Tené con usted una conversación mu reservá.  
—Pue yo vivo en la Alfafa. ¿Lo gusta er barrio?  
—No es una indirecta?  
—Formá.  
—¿Y cuándo?  
—Mañana, a la sei, me espera usted junto a «La Córmen».  
—Adió.  
—Adió.  
(Se van los dos saparando, mirando para atrás y saludándose. Ha pasado la proesión.)  
El entabla el siguiente monólogo mientras se pierde entre los grupos de gente:  
—José, yo puede i contando po ahí que ere er tío ma juncá que hay bajo er so, y que tiene labia pa yena la exposición. Duriya estaba; pero...  
Ella.—¿Traerá buena intensione? Por habia no se ha perdido na. Simpático é, y ca no é un chiquiño; y lo que é labia no le falta...  
Además, vive solo, sin tené quien... Así tenía la chaqueta yena de lámpara... Y er cuerpo suso... Y er pantalón descolado. Como...  
Buena a lo lejos el eco de una saeta:  
«Lo clavaron lo judío»  
Julio ROMANO

## El perdón de Adán

Siguendo la costumbre de años anteriores, dedicaremos hoy este artículo a un tema de sabor teológico, ya que la Iglesia quiere que consagremos el Viernes Santo a la meditación de las verdades religiosas.  
En el principio de las cosas creadas se cometieron dos grandes pecados: uno en el cielo y otro en la tierra; el primero lo cometie-

ron los ángeles, seres dotados de las más altas perfecciones, y fué de soberbia. Dios, sin dárles tiempo para arrepentirse, les castigó en el acto, precipitándoles en el infierno, en el cual siguen incitando a los hombres al mal y en rebelión constante con su Creador.  
El pecado cometido en la tierra fué de desobediencia a un precepto divino y lo realizó Adán, instigado por Eva.  
El hombre con las luces limitadas de su razón conoce tarde o temprano el mal que hace y puede arrepentirse de él; los ángeles, no obstante la sublimidad y perfección de su naturaleza, no reconocieron el mal que habían hecho y no se arrepintieron. Los hombres pueden ser perdonados en todos los momentos de su vida y hasta en el de la muerte; los ángeles que se rebelaron, a pesar de estar dotados de una vida que no se extinguirá jamás nunca serán perdonados. No parece absurdo todo esto... La naturaleza de los actuales demonios antes ángeles, era incapaz del arrepentimiento. Y si no lo era, ¿por qué no se les dió tiempo para arrepentirse?

Se nos asegura que Adán se arrepintió de su pecado; pero ¿le fué perdonado este? Parece que no, porque lo cierto es que fué castigado y si fué castigado es que no se arrepintió o Dios no le perdonó, a pesar de su arrepentimiento. No se puede salir de este dilema: o no se arrepintió Adán o se prescindió de su arrepentimiento. En el primer caso no se concibe la malicia de Adán, en el segundo no se comprende la justicia de Dios. Pero, no pudiendo suponer injusticia en Dios, hemos de admitir la malicia de Adán...  
Los comentaristas de la Biblia dirán lo que quieran respecto a la penitencia de Adán por su arrepentimiento; pero la Escritura no dice nada de eso y no deja entender sino lo que acabamos de hacer notar.

Damos, sin embargo, por admitido que Adán reconociese su falta y que la confesase, violentando un poco el versículo 12 del capítulo III del Génesis; pero no creemos que se siguiera la absolución de ella.  
En efecto, los comentaristas bíblicos afirman que Adán se arrepintió de su pecado y que Dios le perdonó. Que se arrepintiera no ha de haber dificultad en creerlo; pocos son los hombres que obran mal y que tarde o temprano no lo reconozcan, aunque puede darse reconocimiento del mal sin arrepentimiento. Lo que no está tan claro es que Dios le perdonase.  
Las penas establecidas en los versículos 17, 18 y 19 del capítulo III del Génesis (no son penas impuestas a Adán por su pecado) lo dicho en el versículo 15 del propio capítulo: no significa que Dios prometió que vendría a la tierra un Redentor para redimir a los hombres del pecado que Adán con el suyo les transmitió. Luego este pecado no fué perdonado.

Esclavo, pues, el hombre del demonio desde Adán y por Adán; pecadores todos los hombres desde Adán y por Adán pecador, no puede resultar con mayor claridad que Dios no absolvió al hombre del primer pecado. ¿Y cómo perdonárselo a él, único culpable y responsable de su delito, si no lo perdonó a sus hijos y descendientes, inocentes de aquel pecado y, por lo tanto, irresponsables?

Podemos, pues, hacer esta afirmación: Así como el primer pecado perpetrado en el cielo no fué perdonado, así tampoco lo fué el primero que en la tierra se consumó.  
A pesar de esto, Dupanloup en su «Catecismo cristiano» dice que si Dios no hubiese perdonado a Adán y Eva sus pecados no habrían podido entrar en el cielo, siendo desgraciados para siempre.  
A esto, que, a primera vista, parece una dificultad sin salida, oponemos:  
1.º Que si el decir que, si Dios no les hubiera perdonado, no habrían podido entrar en el cielo quiere dar a entender que se salvaron, hay que advertir que es muy dudoso en recta teología que Adán y Eva entraran en el cielo.  
2.º Que es más que dudoso supiesen hubiera cielo donde poder entrar, puesto que Moisés, autor de su historia, habló del Paraíso terrenal, mas no del celestial, por lo cual ignoraron este último Paraíso todos aquellos para quienes escribió Moisés dicha historia y seguramente los héroes de ella.  
3.º Que en todo caso su entrada en el cielo o en el infierno tuvo que depender de los demás pecados que cometieran o dejaran de cometer, ya que por el entonces cometido ya habían recibido su merecido.  
4.º Que perdonar es remitir, es eximir, es liberar de la pena al que se hizo acreedor a ella. Luego si el perdón concedido se fundó, según Dupanloup, en que pudieron entrar en el cielo, dependiendo esta entrada de las virtudes o de los pecados posteriores, nada tiene que ver con el primer pecado cometido el perdón que ahora se menciona.

5.º Que un mismo pecado no puede ser castigado y perdonado, y siendo indudable que en aquel tiempo el pecado de Adán fué castigado, es manifiesto que no pudo ser perdonado.  
El hombre, cuando su arrepentimiento y el perdón de sus pecados no influyen más que en su propia y personal suerte, se arrepiente y es perdonado todos los días, y para el pecado del primer hombre, cuya condenación envolvía la de todo el linaje humano, no pudo haber perdón. Lo mismo acontece con el demonio; su pecado debía ser la ruina de todos los hombres, y tampoco fué perdonado el pecado, y también todos los hombres son arrastrados a pecar por el pecado del demonio. Estas contradicciones y confusiones encierra la teología de Roma y lógicamente debe ser así.  
Porque si el demonio pudiera arrepentirse, como afirmó Orígenes, y ser perdonado volviendo a la gracia de Dios, dejaría de ser el tentador del hombre, y como por el demonio entró aquí el pecado, sin el demonio ya no le habría, y sin demonio y sin pecado, habría que volver al hombre al Paraíso terrenal y a la felicidad perfecta con la inmortalidad... Y ya comprenderá, lector, que esto no es posible...

El teólogo CLAVETE

Los Cristos españoles  
IMAGINERÍA ANTIGUA  
Al trasponer la puerta de cualquier templo, apenas nos habituamos a la obscuridad, percibimos la figura de Cristo enclavado a la Cruz, escondida entre los pliegues de las cortinillas de un trono o la sombra de un intercolumnio.  
Esta es la nota característica de nuestros templos y el norte de todas las devociones.  
La fe en estas imágenes hace que los devotos las rodeen, que muchos labios dejen sus besos sobre las rodillas y los pies ensangrentados de Cristo, y que muchas ofrendas de la piedad general mantengan su culto con más o menos esplendor.  
Justo es confesar que, en la mayor parte

de los casos, la fe nos ciega, para que no veamos en las figuras de Cristo aquello que los cánones artísticos rechazarían por prestigio del Arte y de la misma fe; pero si sólo los buenos crucifijos pudieran ser expuestos a la veneración pública, ¿sería posible hallar la imagen de Cristo en todos los templos, como la hallamos ahora?

Además, salvo las excepciones naturales, aquellos crucifijos más imperfectos son los que cuentan con más devotos, siempre que tengan una historia sobrenatural, un origen legendario o una antigüedad tradicional y patente. La vejez es una garantía de bondad, y por eso aquellos Cristos anteriores al siglo XIV, verdaderas herejías anatómicas, son los más venerados y queridos.

A veces, a la imaginación religiosa, para excitar más la piedad, se han adicionado detalles de un realismo antitético, y de aquí nacen las leyendas de los Cristos con piel y pelo humanos, y de los que lloran y sudan; imágenes en su mayor parte desprovistas de mérito artístico y que no fueron las más propicias a la devoción de los creyentes, pues la fuerza del Arte siempre es mayor para los espíritus que la elocuencia falsa de vanas supercherías.  
La imaginación española ha tenido predilección por la figura de Cristo crucificado, y sería curiosísimo un estudio de las imágenes del Nazareno enclavado; estudio del cual las presentes líneas sólo son un boceto hecho a vuela pluma.

Restos fehacientes de aquella escultura elemental y rudimentaria de arte primitivo cristiano, fueron las figuras labradas en nuestros templos hasta el siglo XIII. En ellas, la imagen enclavada de Cristo aparece con la rigidez de líneas, no vencida hasta un siglo después.

Entre las figuras de Cristo que dejó esta época, se destaca como curiosa, por ser la primera que aparece sujeta a la Cruz por tres clavos, la que forma parte de un relieve en el claustro románico de San Pedro, de Huesca.  
Entonces empieza la fe a sentir los escrúpulos de la carne con tal fuerza, que la Iglesia vela a la mirada de los fieles parte del cuerpo y las piernas de las imágenes de Cristo, apareciendo en los altares los anacrónicos Cristos con enaguallas, en algunas de las cuales el arte del bordado deja notables pruebas de su valer.

De este tiempo son: los dos Cristos de Burgos, ambos parecidos, aunque las demarcaciones anatómicas han dejado en uno inextinguible sello de una descomposición repugnante; el de Orense, con larga cabellera y brazos largueros; el de Cándida, de enorme cabeza, estrechísimo cuerpo y amplio faldañil, que le cubre piernas y pies; el de Morales del Vino, más revelador de la fe del imaginero que de su arte; el de la Sangre, de Palma de Mallorca, y tantos otros, que si a ojos profanos parecen grotescos, a los ojos del artista se presentan llenos del encanto de todos los principios incorrectos, pero nobles y tan sencillos como dignos de estudio.

En aquella época, el Arte y la inspiración no son capaces de guiar la mano que empuña la gubia hasta el extremo de poder determinar aquella expresión preconcebida de agonía terrible o de muerte tranquila que después aparece en las imágenes del Crucificado.

Redondeces falsas, demarcaciones exageradas y desproporcionables a primera vista, son las notas predominantes de la escultura precursora de nuestro Renacimiento; la esquelética figura del apacible Cristo de Orense y la muy tosea del Cristo de Cándida, tienen ese perfume de la santidad artística que no alcanzan, posteriormente, aquellos otros Cristos donde la realidad suple hermanar el arte esquelético y la tradición religiosa.

A muchas imágenes del Crucificado están unidos sucesos históricos que sirven para darles un interés especial y un nuevo motivo de devoción, porque a la devoción religiosa se une la devoción patriótica, que es otro misticismo que tiene un particular encanto.

Entre estos Cristos, son bien dignos de mención el que acompañaba al Cid en sus correrías por los dominios muzárabes, imagen de pequeñas dimensiones que se conserva en una capilla de la catedral salmantina, y aquel otro magnífico, llamado de Lepanto, existente en la catedral de Barcelona, y que asistió a la batalla de aquel nombre sobre la proa de la galera capitana, donde en una ocasión, según es tradicional, hirió el cuerpo para librarse de una bala turca, por lo que aparece la imagen en la apropiada postura, con el cuerpo ligeramente ladeado y la faz tranquila y magníficamente apacible.

También por su valor tradicional es muy digno de mención el famoso Cristo de la Vega, de Toledo, quizá copia de aquel otro que con una mano desenvainada se veneraba en la capilla de San Mirciaco, del Castillo de Florencia.

Los plateros y artesanos en marfil también dirigieron sus esfuerzos a dejar en sus obras copia de los dolores de Cristo en el suplicio de la Cruz; y en la Colegiata de Toro queda como muestra el magnífico y anónimo Cristo marfileño de líneas correctísimas, y en el Escorial aquel otro donde Benvenuto Cellini dejó esbozadas sus facultades de artista, confirmadas después en el maravilloso «Pensero».

Llega el siglo XVI, y el más concienzudo de nuestros imagineros, el Ribera de la Escultura, Gaspar Becerra, tras una labor copiosa y meritoria, labra el Cristo posteriormente llamado de las Injurias, que en depósito tiene el Cabildo catedral de Zamora, exhibiéndolo en una capilla de pésimas condiciones para tal objeto.

Becerra, como Miguel Angel, era un devoto de la Anatomía; sus obras lo demuestran cumplidamente, y este Cristo, desconocido casi, es una de sus obras mejores; el cuerpo flagelado y la apacible cabeza del Divino Mártir no han sido nunca mejor interpretados.

Luego; Gregorio Hernández, con su Cristo de la Luz, hoy existente en el Museo de Valladolid, lleva a la figura del Crucificado auras de originalidad, y aparece, por fin, Montañés, el excelso artista que reunió la inspiración de todos los imagineros cristianos.

Examinemos sus dos Cristos principales: el de Vergara y el de la Catedral de Sevilla. El primero es la agonía con mirada vidriosa y suplicante, boca entreabierta por la que sale una plegaria, y apacible tranquilidad de bienaventurado. El segundo es la muerte, con la cabeza caída, tristemente abatida, el cuerpo abandonado a su peso y los pies exangües.

Martínez Montañés reunió en estas obras la majestuosidad del Crucificado de Velázquez y el dolor del pintado por Alonso Cano.

Otros Cristos antiguos notables son también el de la Salud, de Roldán, y el de la Expiración, de Gijón, que se veneran en Sevilla; el de los Cuadras, que forma parte de la procesión del viernes santo en Madrid, y que tiene más valor histórico que artístico; el de La Seo, de original senectud, y algún otro.

Más recientemente, la imaginación cristia-

na ha ido a una decadencia visible; reducida a la producción meramente industrial de las «fabrics de santos», ha descendido en nivel artístico hasta un extremo verdaderamente vituperable.

Apenas si figuran entre los modernos crucifijos dignos de mención algunos del injustamente desconocido y ya muerto Alvarez Morejón, uno de Alcoverro y algunos pocos más, cuyo estudio alargaría demasiado esta reseña.

La escultura monumental da fin de la escultura religiosa, parangonándose esto, quizá con el proceso de las ideas y el cambio de las aspiraciones.

C. RODRIGUEZ DIAZ

Toda la religión cristiana estriba en la caída del primer hombre, arrastrado por el jefe de los ángeles rebeldes, que antes, no se sabe cuándo, también habían caído.

La idea más elevada de Dios, la sana filosofía y el mismo sentido común, demuestran que el Dios existe y hay ángeles, seres que le conocen en alto grado, esos ángeles no podían caer, no podían rebelarse contra su Dios.

Y la Ciencia tiene demostrado que no existió esa primera pareja de hombre y mujer origen de la humanidad, que no procedo de tal principio.

Mas aunque tales Adán y Eva hubiesen existido, el mismo dogma católico, que enseña que fueron perfectos y que todo lo sabían, conociendo también a Dios intensamente, se contradice al afirmar que cayeron engañados por el diablo, que no podía engañar a inteligentes perfectos omniscientes y clarividentes. ¿Conque todos los hombres imperfectos saben que no pueden ser como Dioses y se lo iba a hacer creer el diablo a los perfectos? Seréis como Dios, dijo la serpiente.

Y aun de ser esto posible y haber caído Adán y Eva, en culpa y por engaño! no era tan atroz que pudiese indignar a Dios hasta el extremo de hacérsela pagar a toda la humanidad inocente y no aplacarse El hasta que esa humanidad, convertida en mil veces más pecadora que Adán y Eva derramase la sangre de un justo con alma divinizada, para que así el pecado reparado fuese aún más grande que el reparado causa de él: ¡normísimo absurdo! ¡Un Dios, a quien ofenden dos débiles criaturas suyas corrompidas, y no se da por satisfecho hasta que los descendientes de ellas no le asesinan a su Hijo!...

CURIOSIDADES

## La Cruz de carne

Si, señores, una cruz de carne más ó menos viva.

En Burgos hay un Cristo de tamaño natural, que dicen ser de carne, ó sea un hombre crucificado, cuyo cuerpo «entero» se conserva fresco y flexible, según afirman los que lo han visto y tocado, algunos de ellos médicos, de esos tan piadosos como los que hay asalarados en Lourdes para certificar, no de Medicina, de milagros, por piezas a granel, que exceden a la virtud de la Medicina.

Debajo del Cristo hay tres bolas; y creemos que con una, y gorda, estaría sintetizado el milagro. Hay quien dice que son tres huesos de avestraz ó de condor, ó cosa así; pero no se trata ahora del Cristo eso.

La cruz que nos ocupa no tiene crucifijo; en vez de estar formada con madera, lo está con carne; singular rareza! Nada como la piedad milagrera, en punto a curiosidades raras.

Venérase dicha cruz desde tiempo inmemorial en Zamora, donde, por lo que luego se verá, constituye una renta saneada, vulgo negocio santo, y un motivo de prestigio (entre los necios) para el cabildo catedral.

Es aquí ahora la descripción, tal como la hizo a principios de este siglo un D. Pejerito (¿?) Martínez:

Antiguamente, en manos de un noble de la ciudad de Doña Urraca, y hoy, en poder del cabildo catedral de la misma población, ballase una cruz pequeña de brazos casi iguales, al parecer, y cuyo color moreno claro la hace asemejarse a una cruz de carne y hueso.

Su tamaño es de un decímetro próximamente; está custodiada en una especie de vitral sin rayos, que parece una caja de plata con pie y tapa de cristal, y los zamoranos la tienen en gran veneración, designándola con el nombre de *La bendita cruz de carne*.

En efecto, es de carne y producto sin duda de un prodigio; el temerario que lleva su osadía hasta el punto de querer investigar irrespetuosamente su naturaleza, sufre las consecuencias de su irreligioso atrevimiento.

Un canónigo que quiso enterarse prácticamente de si era esta cruz, ó no era, de carne, y la pinchó con un alfiler, se vió salpicado de la sangre que salió de la herida, y de la cual algunas gotas le tocaron en los ojos y le ocasionaron la más completa ceguera.

No dice el D. Pejerito este ni quién era el canónigo, cómo se llamaba y cuándo le ocurrió el percance.

Entre los zamoranos, continúa, existe la creencia de que si a un enfermo que lleva tiempo de padecer y no tenga ya esperanza de curación por los medios humanos, se le da a adorar y besar esta bendita cruz de carne, su enfermedad se resuelve antes de los ocho días, bien sea curado perfectamente ó dejando de padecer por medio del sueño de la muerte.

Así es que no pasa una semana sin que se vea estacionado a la puerta de la catedral algún coche de lujo, en espera de que los canónigos salgan del coro y suban dos de ellos al coche par llevar la bendita cruz a algún paciente, que espera amoroso la prodigiosa visita para salir de torturas ó para *desesperar* (sic, como si para el católico no hubiera purgatorio en la otra vida), según dicen los zamoranos.

No dice el D. Pejerito éste ni quién era el canónigo, cómo se llamaba y cuándo le ocurrió el percance.

Se comprende la fe del pueblo y la industria canónica, porque lo más fácil es, dada la situación física de un enfermo desahuciado, que en ocho días suceda una cosa u otra, la salud ó el reventón, por obra de la Naturaleza misma cuando menos, ó de la autosugestión; pues la cruz esa parece que no se compromete mas que a uno de ambos extremos.

Sin embargo... ¡Ven ustedes que al hacer la relación acabada de copiar, el autor parece un crédulo como hay muchos! Pues no debía serlo tanto, porque después añade con tanta seriedad esto, que parece un jarro de agua fría histórico-religiosa. Atención.

En obsequio a la verdad, debo decir que no

es oro todo lo que reluce. Yo mismo (¡ah!, un testimonio personal...) he tenido ocasión de ver cómo a un enfermo le dieron a adorar esa cruz: era un empleado de ferrocarriles que hacía bastante tiempo se hallaba muy mal a consecuencia de una cogida entre los topes de dos vagones, y sin esperanza de curación. Pues ni sanó ni se murió dentro de los ocho días siguientes: murió, sí; pero al cabo de varios meses.

Descansemos; el milagro parece ya filfa. Este hecho es como un término medio; ni morir ni sanar en ocho días, con descrédito de la cruz milagrosa, de los benditos canónigos, de la bendita candidez humana, y hasta de Doña Urraca.

Siempre fué el pícaro término medio (siquiera lo defendan San Francisco de Sales, San Liguorio y otros teólogos moralistas) el mayor enemigo de todo lo exaltado y extraordinario en materia de pietismo.

Cierto, dice un amigo nuestro casado, que lo hasta aquí escrito va leyendo en las cuartillas: pero ese milagro no me sorprende. ¿Una cruz de carne? ¿Dos tengo yo en mi casa de tamaño natural, que también, si las pinchan, dejan sin ojos al agresor: mi señora y mi suegra.

Fray GERUNDIO

## Figuras de la Pasión

PILATOS

Es un tipo famoso que tiene en nuestros días una porción de símiles y otra de alegorías. El se lavó las manos cuando fué a su presencia Jesús, y pidió el pueblo que dictara sentencia.

Los que hoy en día mandan, con puños de tiral hacer de Pilatos no se lavan las manos [nos pues además del sudco, coche y otras minucias, sabemos todo el mundo que tienen *manos sucias*].

LA VERONICA

Con un paño en la mano, humilde y cariñosa, fué a secar del Maestro la frente sudorosa, y el rostro reprodujo con gotas de sudor el rostro macerado de Cristo el redentor.

Hoy mi Patria, que es madre caritativa y tierna, actuando de sublime Verónica moderna limpia el rostro del Pueblo, que, por un algo [extraño],

en vez de sudor llena de lágrimas el paño.

Por eso este buen Pueblo, que paga cien mi- [llones]

es el paño de lágrimas de todos los Sayones...

JUDAS

Fué en el huerto famoso... Los truenos retum- [aban],

los rayos y relámpagos la tierra iluminaban y de entre unos arbustos exentos de verdura surgió, como un espectro, su esquelética figura. Besó a Cristo en la cara con despiantes rastros y el precio de su hazaña fueron treinta dineros.

Mi nación fué vendida... Aún tiene las señales que la hicieron los besos de los Judas actuales; aún sienten las *cariotas* de aquellos caballeros a quien valió la venta más de treinta dineros. Pero Judas, pensando su proceder injusto, buscó él mismo la muerte colgado de un ar- [busto];

en cambio en esta tierra de los Judas del día [ninguno] ha aparecido colgado todavía!

EL GALLO

El *qui-qui-rí-qui* célebre de este ave de corral no encuentra ningún eco en este tiempo actual. Tres veces cantó el gallo, y nos dice la historia que al cantar, a San Pedro le quiso hacer me- [moría]

de que, cuando él lanzara sus vibrantes *gallos* negara el Santo a Cristo ante los fariseos

Aquí, por mil razones que yo, lector, me callo, yo hay nadie que se atreva a *levantar el gallo*, y cuando somos víctimas de alguna tremolina [indefectiblemente cantamos la gallina:]

«ECCE HOMO!»

La corona de espinas martiriza su frente, en sus negras pupilas va muriendo la luz, en sus oídos suenan las voces de la gente y ante sus ojos muertos se levanta la Cruz. El feroz populacho rie mientras se aleja; va contento, husmeando de la sangre el olor, y Jesús, entre tanto, sin lanzar ni una queja, dibuja una sonrisa de perdón y dolor.

Tu, mi pueblo, «Ecce homo» de los tiempos mo- [dernos]

que hace siglos caminas en pos de un ideal, ¿sufrirás con paciencia los golpes sempiternos sonriendo, sumiso, a los que te hacen mal?

Ten un grito rebelde para quien te moteja fundándose en la fuerza como única razón, hoy día es un pecado no lanzar una queja, ¡la rebeldía es santa como es santo el perdón!

MATER DOLOROSA

Hablar de esta figura es altamente expuesto, a lo cual yo, harto temido, no me encuentro dis- [puesto].

La razón es bien clara, mi querido lector, pues... ¡cualquiera le mienta la «Mater» a un [señor]!

MINGO REVULGO

Abreviase la digestión

Muchos enfermos del aparato digestivo se quejan de dificultad en las digestiones, tardando a veces, en vez de tres ó cuatro horas, cinco ó diez, ó más, en terminarse. Con el *Elisir* de Saiz de Carlos se abrevian las digestiones, lo mismo en el estómago que en el intestino, por aumento de fuerza funcional.

## PARTIDO RADICAL

Círculo del distrito del Centro (Jacometrezo, 62).—Se convoca a los socios de este Círculo a la Junta general extraordinaria para el día 11, sábado, a las diez de la noche, con el fin de tratar asuntos de sumo interés para el partido; advirtiéndose que se tomarán acuerdos con el número que asista.—El presidente, Fidel Fernández.

Junta Municipal del distrito del Centro.—Esta Junta celebrará sesión extraordinaria el sábado 11, a las diez de la noche, en el Círculo del distrito, Jacometrezo, 62, para tomar acuerdos de interés para el partido.—El presidente, Pedro Martín.

Est. tip. de la S. de P. H.—O'Donnell, 6. Teléfono núm. 1.321.



**ANTIRREUMATICO**

Cajitas en polvo á  
0,50 y una peseta  
Latas económi-  
cas á 5 pesetas

**EL MEJOR REMEDIO PARA EL ESTOMAGO**

Bicarbonato de sosa químicamente puro, de

**TORRES MUÑOZ**

Cuidado con las imitaciones, que son perjudiciales

**ANTIGOTOSO**

Pastillas á 0,50 la cajita

**SAN MARCOS, 11**

MADRID

y demás Farmacias de España y América

**Gran fábrica de sombreros y gorras DE José María Santos**

Gran surtido en novedades, en sombreros fieltro y paja para caballeros y niños.

La casa que más barato vende. Proveedora de los exploradores de España.

**MADRID, 15, Plaza Mayor, 16, MADRID****ANEMIA**

La anemia, debilidad general, cuajadismo, vejez prematura y neurastenia, se cura con el **Vino Fosfatado VICTORIA**.  
Botella de 750 gramos, UNA peseta.

**REUMATICOS!** Si queréis ver desaparecer vuestros dolores, usad el

**Bálsamo Victoria**

que a base de Mentol, Mental, Alcanfor, Cuscuta y Salicilato de Menta, elabora esta oficina farmacia.  
Basta dar una ligera fricción sobre la parte dolorida y reabsorbirla con una bayeta ó franela para conseguir el efecto inmediato.

Precio: 2 pesetas. Por correo, 2,50 pesetas.

**NO MAS PURGAS** Supositorios **VICTORIA** á la glicerina solidificada

Los supositorios **VICTORIA** constituyen el medio más práctico y eficaz para combatir y desterrar enfermedad tan molesta como es el estreñimiento. Caja, 1,50

FARMACIA CENTRAL LA VICTORIA

Victoria, 3 y 5, Madrid (junto á la Puerta del Sol)

**UN LIBRO NUEVO****Noiones de Economía****Política y Social**

Conferencias dadas en el Circulo  
Radical de Madrid por

**Alvaro Calzado**

De venta en las principales librerías

y en esta Redacción, O'Donnell, 6

Precio: DOS pesetas



PEDID EN LAS MEJORES RELOJERIAS  
Y JOYERIAS DEL MUNDO

**CORSÉS REGÚLEZ**

Hechos á la medida.  
Desde los más modestos á  
los de más lujo.  
9, Bordadores, 6

**MAQUINAS**

NUEVAS Y USADAS

Hay siempre á dis-  
posición gran variedad  
de máquinas como:  
Calderas de vapor.  
Motores de gas.  
Idem á gas pobre.  
Dinamos eléctricos.  
Instalaciones de luz.  
Automóviles de bu-  
nas marcas, nuevos y  
usados.

Máquinaria para tri-  
go. Centrifuga para se-  
parar cereales.  
Máquinas para fabri-  
car manteca.  
Arados.  
Prensas para vís-  
trilladoras

**"El Radical"**

-Seis páginas diarias-

**5 CENTIMOS****COMPANIA MADRILEÑA DE URBANIZACION**

FUNDADORA DE LA CIUDAD LINEAL EN EL AÑO 1894

Total de ingresos, por terrenos, agua, construcciones, vias férreas,  
electricidad, parques de diversiones, almacén, imprenta é ingresos  
varios durante el primer trimestre de 1914, pesetas..... 488.887,47  
Aumento sobre el año anterior, pesetas..... 74.850,88

La Compañía Madrileña de Urbanización (en abreviatura C. M. U.) al cumplir EL VIGESIMO AÑO de su vida oficial se felicita de la prudencia, de la cautela y de la energía de sus procedimientos merced á los cuales ha salvado toda suerte de obstáculos y de dificultades y aspira á figurar entre las Sociedades anónimas más importantes y de garantías más sólidas de España.

La C. M. U. publica mensualmente desde el primer día (8 de Marzo de 1894) la CUENTA de ingresos y de pagos, LA CUENTA DE CAJA que es la expresión más sincera de la contabilidad en que no caben las oscuridades y los artificios de los Balances, que suelen ser verdaderos jeroglíficos ó por su concisión ó por su oculta intención.

La C. M. U. es la única sociedad anónima en el mundo, que tiene á disposición de sus accionistas durante TODOS LOS DIAS LABORALES DEL AÑO los documentos y los justificantes que han de ser objeto del examen de la Junta General.

La C. M. U. no ha tenido pleitos ni cuestiones con ninguno de sus 8.000 clientes de buena fe, ni por cobros, ni por demora en el pago de intereses y devolución al vencimiento ó amortización de capitales.

La C. M. U. no menciona por modestia la multitud de sociedades de importancia que han fracasado y desaparecido en estos veinte años. Muchas de ellas imitaron ó copiaron nuestro sistema de propaganda, sólo en su forma externa pero no EN LO ESENCIAL que es la publicidad minuciosa de las cuentas y las facilidades para el examen de sus comprobantes.

La C. M. U. selecciona constantemente su personal sin tener en cuenta recomendaciones ni favoritismos.

La C. M. U., que ha concedido la jornada

**APARTADO DE CORREOS 411.-MADRID**

Pedir más detalles á las Oficinas:

LAGASCA, 6, bajo, de 9 á 12.-CIUDAD LINEAL, de 2 á 7

**Esquelas de defunción hasta las 4 de la mañana****Almanaque Bailly-Baillière**

ENCICLOPEDIA POPULAR

ILUSTRADA PARA 1914

10 tomos

4,00 ptas.

—

454

capítulos

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

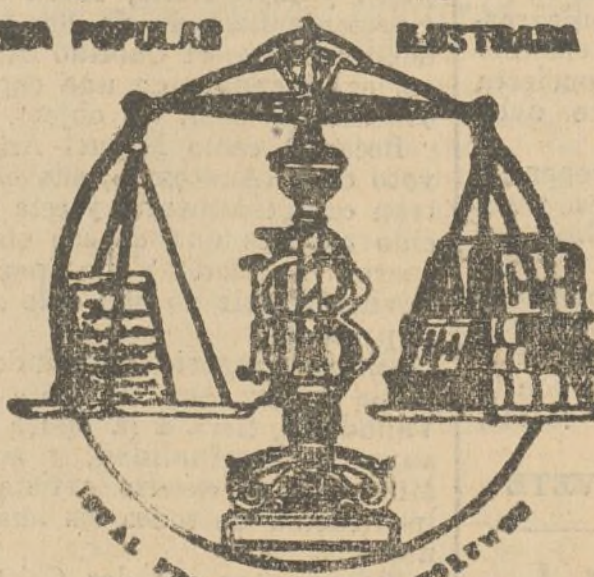
—

—

—

—

—

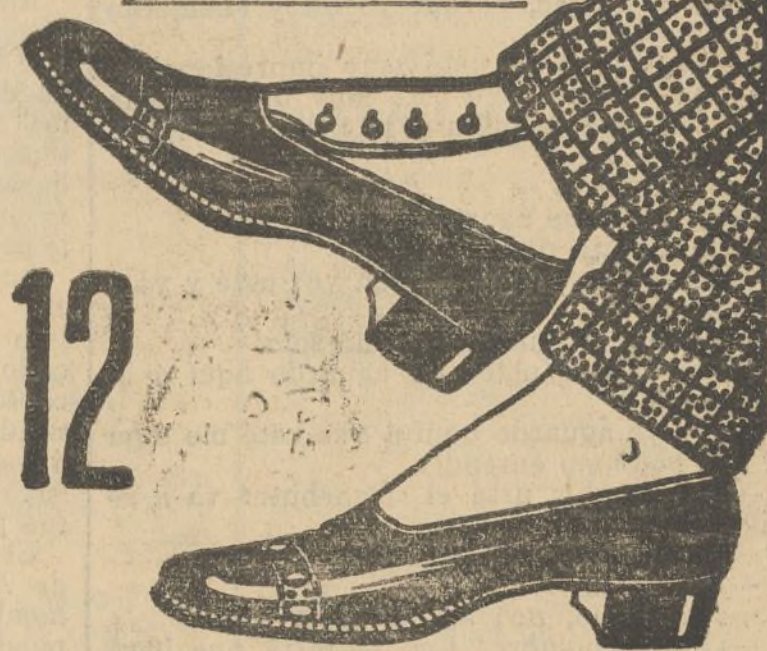


530 páginas de texto, un 1.600 grabados, un 10 pesetas.

En provincias, 0,50 más para gastos de transporte y certificado.

**CARBONES DE LA "CALERA"**

Antracita corriente (número 3), 3 pesetas quintal, y 64 pesetas tonelada.  
Antracita de lujo (galletilla), 3,50 el quintal, y 70 ídem tonelada.  
Antracita económica (grano), 2,50 ídem quintal, y 50 ídem tonelada.  
Cok (marca «Cossolo») buenisimo, 3,60 ídem quintal, y 75 ídem tonelada.  
Cok de gas (marca American), superior, 3,40 ptas. hectólitro, y 80 ptas. ídem.  
LA CALERA, CALLE DE LA MAGDALENA, 1, entr.º Tel. 532.

**CALZADO****AMERICANO**

Romanones, 16, tienda.

y Espoz y Mina, 20, pral.

(Esta siempre principal)

**Para buenos impresos**

:: sellos de caucho ::

y placas esmaltadas,

**Encomienda, núm. 20****Hernias**

Alivio inmediato y radical curación

La garantía, la superioridad, se ha demostrado en los Tribunales de Justicia, como anteriormente ante las Academias científicas; la curación es cierta, NO CABE DUDA.

La unión sólida, en sí misma, de los bordes del anillo, sin intervención extraña y sin distinguirse que se ha verificado, se efectúa con las creaciones Ramón Prototipo de tratamiento no operatorio. Por su éxito colosal é indiscutible en millares de quebrados. El autor especialista, D. Pedro Ramón, director del Instituto Español de Ortopedia Abdominal, goza de fama mundial. Pídase gratis: Faro luminoso para los enfermos.

Carmen, 38, piso 1.º Barcelona

**Sociedad general****ANUNCIOS DE ESPAÑA**

Montera, 19.—Teléfono 57

**Fábrica de Corbatas**

12, CAPELLANES, 12

Camisas, guantes, pañuelos

Géneros de punto,

Elegancia. Gran surtido.

Precio fijo.—ECONOMIA.—Precio fijo

**LA PRENSA**

AGENCIA DE ANUNCIOS

— DE —

**RAFAEL BARRIO**

CARMEN, 18, TELÉFONO NÚM. 135

Combinaciones económicas de varios periódicos.  
Pídanse tarifas y presupuestos para publicidad en Madrid y provincias. Grandes descuentos en anuncios y esquelas de defunción, novenario y aniversario.

**Agencia de publicidad COLOMINA Sucesor de STORR**

10, Fuencarral, 10.—Teléfono 805.